



El marido ofendido.—Haría una foto y sería la mejor prueba para demostrar la culpabilidad de la infiel; ¡pero no se están quietos!

Dib. AREUGER.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



LOS FAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER, COMP^a

SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

9.—¿Qué habéis averiguado?

NO NO
NOE
COSTAL
O
CURIOSO

10.—Te la regalaré cuando te cases

VADAÑADORA
VLON

11.—Charada

—Estoy *prima segunda prima cuarta* con vosotros. Vaya unos amigos. Tenéis preparado un *prima terciá cuarta* para ir de campo y no me decís nada.

—Ya te hubiéramos *todo*.

12.—Quiroga y Segovia

MODO
DO DO DO
HIEL VLON ONV77
T III T
|



SOMBREROS
BRAVE
6-MONTERA-6



ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

13.—Qué gentes más desgraciadas

PAMÚE
50 YESO

14.—En el comercio

HUYE
R
OONOH

15.—Mi pequeña

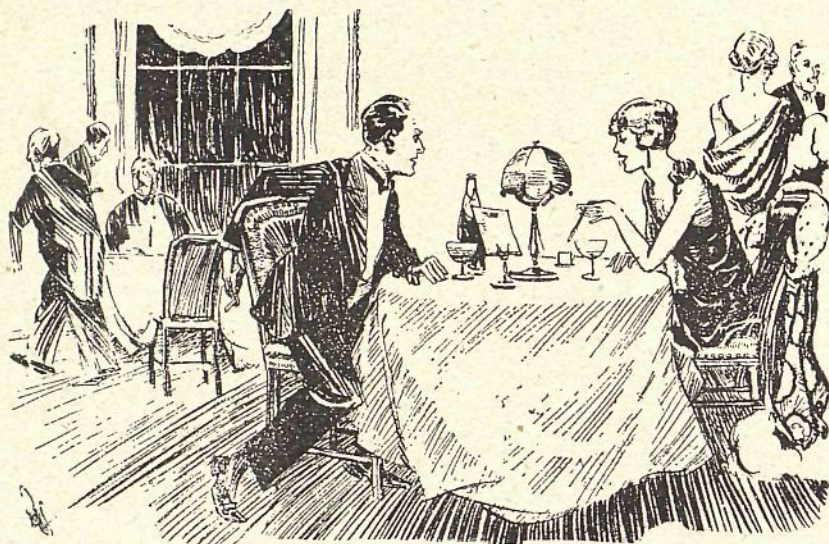
Quinta Mención

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de abril.

TRICOPILO ESTRAGUES

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA. — De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.



¿Y qué opinión tienen tus padres de mí?

—Realmente, no lo sé: mi padre no dice nada y mi madre está esperando la opinión de mi padre para opinar en contra.

UNA NARIZ DE FORMA PERFECTA

Usted puede fácilmente tenerla



El trado Modelo 25 corrige ahora todas las narices mal formadas, rápidamente para siempre y sin dolor, en casa. Es el único aparato patentado, ajustable, seguro y garantizado que realmente forma una nariz de aspecto impecable. Más de 98.000 personas lo han empleado con éxito. Recomendado hace mucho tiempo por los médicos. Resultado de 16 años de experiencia en la fabricación de forma-narices.

Modelo 25 Junior para niños. Solicite atestados y el folleto gratuito que explica cómo puede tenerse una nariz de forma perfecta.

M. TFILETY, el especialista más antiguo del ramo

Dept. 1083 BINGHAMTON, N. Y., E. U. A.

EL INMEJORABLE PAPEL DE FUMAR



EMBROCACIÓN "HÉRCULES"

LINIMENTO suave y limpio. Cura REUMA, DOLORS, GOLPES, CONTUSIONES, LUMBAGO, etcétera.

Único producto español que es fácil y absorbible por la piel, dejándola blanca y fina.

VENTA: Principales Farmacias y Centros farmacéuticos. Autor: G. Fernández de Matos. La Bañeza (León).



LAMINOR

Exijan joyas, relojes LAMINOR, único doble oro 18 quilates.—Garantía: 10 años.—Venta: joyerías y bisuterías finas. Agencia Laminor: A partado 355-BARCELONA

BUEN HUMOR lo vende en la ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135 y Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62 H A B A N A

CHARLAS DOMINICALES

GLORIA!...
¡Otra pascua!...
Por algo pregunta
el modismo español:
“¿Cuándo no es pas-
cua?”...

¡Así estamos todos,
de alegres!... ¡Hosana!... (Este “ho-
sana” no tiene nada que ver con los
huesos de Cea Bermúdez... Eso se-
ría “huesana”).

¡Alegrémonos de haber nacido!...
¡O, por lo menos, alegrémonos de
haber resucitado!...

La pascua que hoy se celebra es la
de “Resurrección”.

¡Todo resucita!...

El mejor día aparecen vivas y casi
resucitadas, las famosas niñas,
cuya definitiva muerte (vesti-
das, y sin asistencia médica),
ha proclamado el doctor
Maestre, a *pombo* y platillos.

El día de hoy es el indicado
para que los muertos suban
al cielo. Nuestro “Señor del
gran poder”, subió un poco
antes. Pero la excepción con-
firma la regla. ¡Todo resuci-
ta!... Los más viejos *fiam-
bres* dramáticos, toman nue-
va vida y se estrenan en to-
dos los teatros... El sábado
de Gloria, resucitan muchos
coliseos, que olían a *podrido*
durante las pasadas *vigilias*...

Las segundas tiples reapar-
ecen juveniles; las *vedettes*,
desentierran sus viejos *cuplés*:
las damitas de verso resucitan
el octosílabo; y algunas
características, también *resu-
citan*.

¡Alegría!... Se descubren
los altares... Las cortinas mo-
radas han pasado... ¡Y, algu-
nos, también hemos pasado
las *morás*!...

¡No importa!... El *toque*
a Gloria, le es agradable a

todo el mundo. (Y más que a nadie,
al novio de Gloria, la modistilla del
catorce.)

¡Vivan todas las Glorias!... ¡Las
Glorias españolas y las “Glorias de
Portugal”, manjar exquisito!...

¡Nada tan hermoso como el *Re-
surrexit*!... ¡No olvidemos a Gloria
Laguna, ni a *Resurrección* Quija-
no!... ¡Es el día de *rejuvenecerse*!...
¡Yo ya me he echado una china en
el bolsillo!... BUEN HUMOR no pue-
de sentirse indiferente ante esta fe-
cha. Nuestra *jocunda* “Revista”,
aprovecha la ocasión actual, para
de nuevo *hacerles a ustedes la pas-
cua* más agradable. Nuestra festiva
“Revista”, es acaso la única “Revis-

ta”, festiva que existe en estas ho-
ras de *orgia* más o menos *dorada*,
y, desde luego, muy poco graciosa.

¡He aquí un *género* que parece
eterno!... El mismo Dios hubo de
morir, y permanecer tres días bajo
tierra. La “Revista” teatral, tiene
más vida que Dios. No hay quien
la crucifique...

Por eso, al llegar la pascua de
Resurrección, no sólo alientan las
antiguas, sino que se anuncia la lle-
gada de otras nuevas. Son *fiambres*,
muertos en provincias que *resucita-
rán* en la Corte. ¡Tal “Eureka”,
cuyo título parece indicar su pro-
pósito de *calzarse* a los demás!...

¡En fin: que estamos en
la Gloria!

¡Claro que yo podré estar
en la Gloria, pero juro que
no estaré en el *Paraíso*! (¡Ni
en las butacas!)

Y ¿para qué seguir ha-
blando?...

Lo mejor sería, con moti-
vo de esta fecha, salir para
Sevilla... ¡Oh, Sevilla!

¡La feria, grande: los to-
ros, chicos: el Guadalquivir,
hondo: el cante, más *jondo*
todavía: los jazmines, abier-
tos: y la Exposición, que no
se va a abrir nunca!... ¡De-
licioso!... (Y, casi todo, en
“las Delicias”!)

Nosotros haríamos el via-
je a la ciudad del Betis,
aunque sólo fuese por feli-
citar a Sánchez Mejías...

¡Gloria a Ignacio!

La razón de nuestro viaje
estaría en la “Sinrazón”.

Pero nos beberíamos dos
chatos a la salud del diestro,
y volveríamos como para
servirle de protagonista en
su obra. ¡*Majaretas perdíos*!

LUIS DE TAPIA



Dib. SILENO.—Madrid.

Narraciones abracadabrantas

La tragedia de un hombre que no hizo nada en su vida

Bonifacio Calvo era un hombre inerte, estático, inmóvil y vallisoletano. Así como para otros el movimiento se demuestra andando, la opinión de Calvo era que no había movimiento más garboso y chulapón que la absoluta quietud y la parada definitiva y consciente; es decir: que el movimiento se demostraba andando los demás; y como ya quedaba demostrado así, era completamente inútil que él se menease, para seguir demostrando lo que ya lo estaba hasta la evidencia por los dignos caballeros que no habían tenido inconveniente en moverse para demostrarlo.

Como consecuencia de esto, el acto más transcendental de la vida de Bonifacio consistió en recostarse sobre un farol, y su momento de placer más intenso se lo produjo la espera de un tranvía de la Prosperidad, que a la hora en que escribimos estas líneas todavía no ha llegado. Bonifacio Calvo era pescador de caña, jugador de ajedrez y correligionario de Lerroux, que son las tres cosas para las cuales hace falta más paciencia, menos prisa y absolutamente ninguna gana de agitarse, ni antes ni después del uso.

Esta predisposición de Bonifacio hacia la más poética vagancia, llenó su vida de unos incidentes tan pintorescos que, si no fuese yo el que los relatase, parecerían mentira, y tal vez lo fueran. Debo decir que, como todos los seres poco amigos íntimos del trabajo, Bonifacio era un entusiasta del bello sexo; y aunque no lo demostraba con actos, porque eso hubiera sido ya demasiado primada, lo solía demostrar con encendidas frases, de esas que llamamos piropos los hombres un poco antiguos, y llaman gansadas y burradas los *pollos peras* que pululan por la vía pública para honor de España e Islas adyacentes. Así es que nuestro buen Bonifacio Calvo, blandamente reclinado en una esquina de la calle de Alcalá, se pasó los mejores años de su descansada vida piropeando a las transeúntes más guapas, más charlestónicas y de pantorrillas más grecorromanas. Indudablemente, Bonifacio era un sabio.

Pero, ¡ay!, los sabios más esclarecidos son los que acaban metiendo la pata con más ímpetu, y un día el egregio Calvo cometió la bestialidad internacional de enamorarse de la transeúnte que menos podía convenirle.

No negaremos que la socia era bella. Lo era de un modo como para tener que sacar las tropas a la calle, y de paso recomendarlas formalidad. No negaremos tampoco que la chica era como para casarse en el acto, aunque se arrepintiese uno en el entre-acto más próximo, pero no tenemos más remedio que repetir que era la compañera menos conveniente para nuestro protagonista.

El caso es que Bonifacio la vió, abrió los adormecidos ojos, sintió que la camiseta era pequeña para soportar los latidos de su corazón y cometió la feroz imprudencia de lanzar estas palabras:

—¡¡Viva tu madre!!

La piropeada contestó a tal lisonja con una sonrisa, estilo Almacenes Madrid-París, y allí mismo comenzó la catástrofe.

Y digo que comenzó, porque el idiota de Bonifacio, en lugar de dejarla pasar, como había hecho con tantas otras preciosidades viandantes, se empeñó en seguir las huellas de sus tacones Luis XV (rey de Francia), y echó a andar, por primera vez en su vida, en pos de la individua, no sin antes repetir con más ahínco el piropo irreflexivo que antes había soltado:

—¡¡Viva tu madre!!....

Y éste fué el sencillo prólogo del matrimonio del infeliz Bonifacio Calvo con la paisana desconocida.

Sigamos el drama.

* * *

Los primeros meses de la luna de miel fueron tal cual, pero pronto comenzaron las cosas a ser tal y cual, y poco después en el hogar resonaban ya las frases consabidas de "¡eres un cual!" y "¡tú eres una tal!..." Total: que mal.

Bonifacio buscó en la política un

consuelo y se hizo fascista, empezando a escribir cariñosas cartas a Mussolini, en las cuales, para halagarle, se firmaba *Boni-fascio*. Pero como seguía siendo tan vago como antes de la boda, acabó cansándose de escribir y quedó mal con los fascistas, que me han dicho que no le perdonarán nunca la incorrección.

Y en este momento culminante surgió el primer disgusto con la suegra...

Yo no les había dicho a ustedes todavía que Bonifacio Calvo tenía suegra; pero como todos los hombres desgraciados la tienen, supongo que ya lo habrían ustedes adivinado y sigo adelante.

El disgusto fué verdaderamente checoslovaco, y lo digo por las palabras feas que se cruzaron entre los contendientes (las palabras más feas del mundo son las checoslovacas; cojan ustedes un diccionario o un periódico de ese país, y viéndolas escritas se convencerán!). En resumen: que de las palabras se pasó a los hechos, mejor dicho: pasó a los hechos la suegra solamente, propinando a Bonifacio un palizoides de cincuenta mil amperios que le dejó en la situación ridícula en que quedaría un higo de Fraga aplastado por un camión de una empresa carbonera.

¿Que por qué fué el disgusto?

Pues porque el vagabundo de Calvo rechazó un empleo de corredor de una casa de comercio y a la suegra le pareció mal, sin tener en cuenta que un socio tan apegado a la galvana como Bonifacio no podía ser corredor sin deshonrarse.

Descansemos un momento, ya que Calvo descansaba tantos, y prosigamos la narración de la tragedia.

* * *

He de advertir que, mientras hemos descansado, la suegra volvió a pegar a Bonifacio seis veces.

Y como la vida no podía seguir en ese plan de garrote vil y de estaca vengadora y de bastón inesperado, Bonifacio Calvo necesitó reponerse y los médicos le recomendaron el clima de Cuenca.

Y allá fué con su suegra y la hija de su suegra.

Durante el viaje, el movimiento del tren le sugirió la idea del asesinato; pero ya hemos repetido que Bonifacio era un holgazán consciente e irredento, y como el hecho de matar a alguien supone un trabajo más o menos minucioso, nuestro querido Calvo pensó en la manera de llegar a la efusión de sangre sin él tener necesidad de realizar faena ninguna.

Y ahora verán ustedes cómo lo consiguió.

* * *

El 27 de enero decía un periódico de los más sesudos de Cuenca, en su primera plana, lo que van ustedes a leer:

"Examinando ayer una pistola *Star*, el conocido somatenista Bonifacio Calvo, tuvo la desgracia de que se le disparase en el momento en que se encontraba frente a él su señora madre política; y antes de que pudiese modificar la dirección del arma, fué la bala a incrustarse en la pared inmediata sin que la dama sufriese el menor daño. El señor Calvo está recibiendo, con este triste motivo, innumerables testimonios de sentimiento y condolencia, a los que unimos los nuestros muy sinceros y cariñosos... ¡Otra vez será!..."

* * *

El 18 de marzo volvía el periódico de Cuenca a ocuparse de la vida íntima de nuestro héroe, en estos interesantes términos:

"Ayer, probando una pistola el vecino de esta localidad Bonifacio Calvo, tuvo la desgracia de que se le disparase en el momento en que su respetable madre política pasaba por su lado, yendo la cápsula a alojarse en el abdomen de la pobre señora y produciéndola un dolor de tripas tan intenso que falleció al segundo."

Detenido Bonifacio Calvo, manifestó su extrañeza por el funesto desenlace; pues confesó que hacía luengos días que venía probando la pistola para ver si pasaba algo al pasar la mamá de su mujer, y que nunca pasaba nada, por lo cual desesperaba ya de que pudiese pasar.

Estas manifestaciones, agravadas por la declaración de varios vecinos

que dijeron que Calvo estaba de su suegra hasta los pelos (pues tiene muchos, a pesar de ser Calvo de nacimiento), han determinado que el juez se escame y empiece a dudar de que el accidente sea fortuito. Por lo pronto, ha empezado por incautarse del arma, por la cual han ofrecido fuertes sumas varios yernos acaudalados de Cuenca, que están encantados de su precisión y puntería."

* * *

No creo que tendré necesidad de decir que Bonifacio Calvo fué absuelto con todos los pronunciamientos favorables.

Lo contrario hubiera sido una injusticia como para renegar de la vida confortable y marcharse corriendo a Mozambique.

* * *

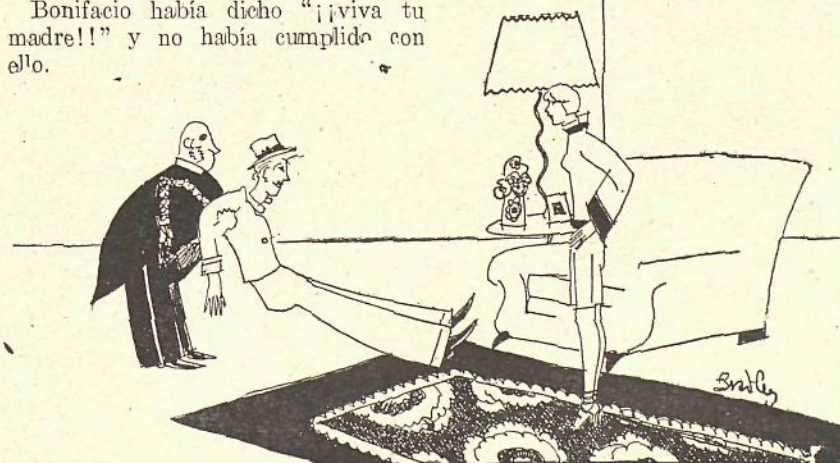
Ahora bien: al pobre Bonifacio le quedaban por apurar una barbaridad de heces de la copa de amargura que le había correspondido.

Porque sucedió que su esposa no se conformó con el fallo absolutorio. Y, de acuerdo con un abogado sagaz y mallorquín, promovió un pleito contra Calvo por incumplimiento de contrato.

¿Quieren ustedes saber en lo que se fundaba la reclamante?

Pues en la frase piropística que Bonifacio emitió el día que se conocieron.

Bonifacio había dicho "¡viva tu madre!" y no había cumplido con ello.



Dib. BADELEY

—Me han pegado una bofetada y he tenido que ir al terreno.

—¿Te has batido?

—No: he ido al terreno, pero ha sido a consecuencia de la bofetada.



Novísimas aventuras de Sherlock-Holmes

Los asesinatos incongruentes del castillo de Rock

(Cada semana se publica un episodio completo.)

CONOCEMOS A ATANASIO CAMUFLAY

Era el día 8 de noviembre y acababan de dar las doce en el reloj de Ralph Word, 'pocero en activo de Glasgow.

Claro que mister Ralph Word no tiene nada que ver en la presente historia, pero eso no impide que en su reloj hubieran dado las ocho.

En Londres eran las ocho y dos minutos. Holmes se entretenía en quemar en la chimenea algunos números atrasados del *Daily Telegraph* y yo me paseaba por el pasillo de su casa contando el número de rosas de te que aparecían dibujadas en el pa-



pel que cubría las paredes. En aquel momento, cuando llegué a la rosa de te número 2.356, llamaron a la puerta.

Abrí tirando del pestillo, costumbre muy frecuente en Inglaterra, y un hombre con cara de apisonadora entró, pasó a la habitación de Holmes y perdió un chanclo en el pasillo.

Era Atanasio Camuflay..

Al verle llegar, Sherlock siguió en su tarea de quemar periódicos. Atanasio, algo desconcertado, quedó a su lado, de pie, y súbitamente el detective, como si conociera a aquel hombre de toda su vida, levantó el rostro y dijo:

—¿Verdad que es muy divertido quemar periódicos?

A lo que repuso Atanasio.

—Sí. Pero es más divertido embalsamar chimeneas.

—¡All right!—murmuró Holmes. (Procuraremos que en todos los episodios haya alguien que diga All right.)

Y estrechando la mano del recién venido, agregó:

—Hable usted. Es usted un hombre interesante. Escuchemos a este caballero, Harry.

Y sentados sobre una escribanía que era la postura habitual en Sherlock y en mí, pues al fin y al cabo yo estaba a sus órdenes, nos aprestamos a escuchar a Atanasio Camuflay.

Camuflay contó lo que sigue:

LA HISTORIA ESPANTOSA QUE NOS COLOCO ATANASIO

—Yo—dijo—vivo en Newspaper, y en el castillo de Rock, porque he decidido no pagar al casero. Y en el castillo, que es propiedad de lord Rock, habito gratis, gracias a que pertenezco a la servidumbre.

—¿A qué se dedica?—indagó Holmes.

—Todas las tardes corro y descorro las cortinas del salón grande.

—Adelante. Siga usted.

—En el castillo viven, además de lord Rock, su bella y delgada hija Syli; el marido, Horacio Warren; el suegro, mister Richard, del mismo apellido que su hijo; su esposa la noble dama francesa, madame Lucille Duclos; el arquitecto Arthur Sheridan; su hija Sally; su hermano, Evans; la mamá, Evelina; el doctor Edgar Brown y su hijo Peter.

—¿No hay nadie que se llame William?—preguntó Holmes—¡Es extraño!

—Sí; es extraño—repetí yo sin saber por qué.

—¿Extraño?; ¿por qué es extra-

ño que no haya nadie que se llame William?—preguntó Atanasio.

—Porque casi todos los ingleses se llaman William. En fin, explique lo ocurrido.

—Los habitantes del castillo se llevaban divinamente y vivían en la armonía más grande cuando, a partir del martes pasado, la tragedia se ha cernido sobre el castillo, y desde entonces cada noche muere misteriosamente una persona. Han fallecido ya Horacio Warren, madame Duclos y el doctor Brown.

—Es raro...—susurró Sherlock calándose en la órbita el monóculo—¡Es raro! ¿Y de qué forma mueren? ¿A consecuencia de qué?



—De muy diferentes maneras, caballero. Horacio Warren ha aparecido asfixiado y con un manual de gimnasia sueca en las manos; madame Duclos murió (en el instante en que aspiraba el perfume de unas violetas) de un estacazo en la nuca; y el doctor Brown falleció de un calambre.

—¿Dónde le dió el calambre?

—En el vestíbulo del castillo.

—Continúe usted.

—Poco me queda ya que decir, Anoché, cuando el terror nos había hecho migas a todos, murió también el hijo del doctor Brown.

—¿De qué?

—Durante la comida, en el momento en que echaba limón en una cstra, cayó al suelo muerto. Yo he

pensado si moriría de aburrimiento.

—Lo de la ostra es un dato, pero no debemos anticiparnos—dijo Holmes.

—Por eso he venido a ver a usted—aclaró Atanasio—. Porque si usted no va al castillo y evita aquel estado de cosas, los que no muramos asesinados, moriremos de espanto.

Holmes meditó durante tres horas y luego alzó la cabeza, brillantes los ojos de energía.

—Lárguese al castillo hoy mismo—le aconsejó a Atanasio—, y no tardaremos en vernos allí.

—Es que yo...

Atanasio fué a decir algo, pero Sherlock Holmes no era hombre que hablase más de lo justo; así es que cogió a Atanasio Camuflay en brazos, lo sacó a la escalera, le dejó sentado en el suelo y cerró la puerta.

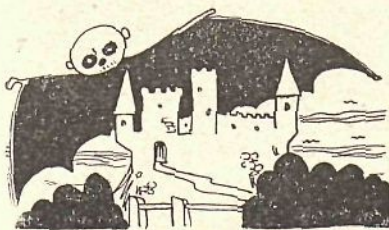
Desde aquel momento dejamos de oír la voz de Camuflay.

LOS HABITANTES DEL CASTILLO

Al día siguiente, y no bien salió el sol y se puso a la venta A B C (supongo que también aquel día se pondría a la venta en Madrid el gran rotativo) Holmes y yo abandonamos la casita del número 57 de Baker Street, donde vivía el gran detective, y en un carro de mano y disfrazados de mariposas de vivos colores, nos dirigimos al castillo de Rock, en el congado de Newspaper.

Llegamos algo fatigados y con una rueda de menos. Yo juraba por el mal estado de las carreteras y Holmes se detenía en todas las casillas de peones camineros a ponerse inyecciones de morfina, pues vivía apesado en ese vicio terrible y punzante.

Al cabo nos dimos de narices con



el castillo de Rock. Entramos, sin que nos conociesen, bajo nuestros disfraces de mariposas. Dentro del castillo oía a naftalina.

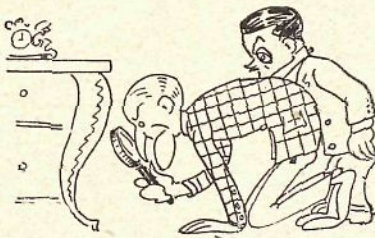
Lo recorrimos de punta a punta y

Sherlock levantó catorce planos de otra tantas habitaciones y fumó dieciocho pipas para disimular.

Más tarde, ocultos detrás de unos candelabros, nos dedicamos a observar a los habitantes del castillo, que estaban reunidos en el comedor. Lord Rock, mister Richard, Arthur Sheridan, Evans y Peter eran elegantes como otras tantas portadas del Pictorial Review. Sysli, una encantadora muchacha que hablaba arrugando un poco las manos. En cuanto a Sally y Evelina se las notaba de lejos que sabían bailar minués.

LA LUCHA POR LA VERDAD

Sucesivamente Holmes registró las habitaciones particulares de todos. No encontramos más que polvo, porque la servidumbre era apática y disfrutaba de verdadera vagancia británica. El genial detective estaba desesperado.

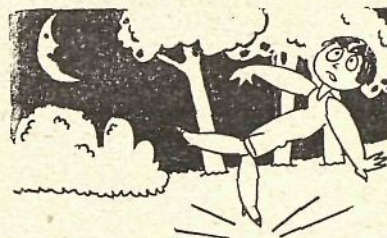


—¡Nunca me ha ocurrido nada igual! Siempre he encontrado un indicio, una prueba... Cuando no he hallado un pelo, he hallado un trocito de peine, una fotografía de Rodolfo Valentino, una nuez; en fin, algo... ¡Y ahora nada, nada!

Y mordía las cornucopias con frenesí.

Entretanto iban pasando los días y el misterio, lejos de aclararse, se oscurecía más, pues—de un modo matemático—cada noche que pasaba moría un nuevo habitante del castillo. Además de Warren, de Lucille y del doctor, habían fallecido ya mister Richard, que apareció envenenado en

la caseta del perr; Sysli, que murió sin decir ¡ay!, a pesar de que la muerte sobrevino en el instante en que entonaba una romanza; Arthur Sheridan, que la dió electrocutado.



cundo encendía la luz de su alcoba, y Sally, que pereció a consecuencia de la rotura de una vena al sacar una fotografía de su mamá.

La importante rabia de Holmes había adquirido dimensiones de campo de fútbol. Iba de un lado para otro, poniéndose inyecciones de morfina, tocando el violín y recitando versos de Byron. Pero la claridad no surgía en su cerebro.

En las dos noches siguientes desaparecieron del mundo de los vivos Evans, que murió mirando un armario de luna, y Evelina, que murió mirando la luna sin armario.

Al otro día falleció Peter, atragantado por un hueso de melocotón. ¡Qué arcano tan irresistible!

Yo miraba a Sherlock esperando verle enloquecer. Pero con gran sorpresa aquella vez observé que sonreía.

—He dado con la solución del misterio—me dijo lacónicamente—. Ya no queda más que un habitante del castillo vivo: lord Rock. Si esta noche no muere también, es indudable que él es el asesino.

La idea era tan genial que me temblaron las piernas de impaciencia.

Pasó la noche. A la siguiente mañana lord Rock estaba más vivo que el Vesubio en erupción.

Entonces Holmes le detuvo y le dijo:

—¡Daos preso, asesino!

Fué aquel uno de los éxitos mayores logrados por el portentoso cerebro del detective.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(En la próxima semana, el episodio titulado "El frío del Polo".)

MIXTURA ESPECIAL EMILMAT

DEVUELVE A LAS CANAS EL COLOR QUE ANTES TUVIERON

Consideraciones amargas y dulces

Cuando fallece un gigante (que también fallecen los pobres, como cada *quisque*) se le ponen al cadáver cuatro velas, ni más ni menos que a los *quisques* mencionados.

Y eso no está bien.

A un gigante, para hacer las cosas con lógica, en lugar de cuatro velas, se le debían poner ocho faroles por lo menos.

Considérese que es un difunto de altura y por mucho que se haga con él, corre uno el peligro de quedarse corto.

En las relojerías de alguna importancia, resulta que todos los relojes andan por las paredes.

Cosa que también saben hacer las moscas, sin presumir tanto como los relojes.

El Carnaval cae siempre en invierno; pero las máscaras, en cambio, no caen ni caerán nunca en que están haciendo el ridículo más exorbitante. Algunas, por excepción, caen con pulmonía. Y otras, pertenecientes al bello sexo, caen a veces con un amigo. Pero nada más.

Y eso es bien poco para una fiesta tan divertida y original.

Las personas de cierta edad que nos leen recordarán seguramente aquella especie de perilla diminuta que llevaban, en tiempos, ciertos militares aguerridos, y que se llamaba *mosca*, por su tamaño infinitesimal.

Como ustedes saben, se llevaba en el hoyo de la barbilla; y, como ustedes no saben, el sujeto que primero la llevó era francés y se llamaba Camín.

Hoy la *mosca* ya no se lleva en la barbilla, pero hay quien la lleva detrás de la oreja.

Y se verifica una casualidad un poco humorística: que el de la *mosca* en la barbilla es Camín, y el de la *mosca* detrás de la oreja es camón.

Lo que más afea la conducta observada por Adán y Eva en el Paraíso, es que no estaban casados legalmente.

Nos dolerá reconocerlo, porque al fin y al cabo eran nuestros padres, pero es la verdad.

La porcelana peor mirada es la que se emplea para construir la parte más interesante y esencial (aunque a ratos no es tan *esencial*) de los lugares de esparcimiento denominados *water-closets*.

Y digo que es la porcelana peor mirada, porque es innegable que todo el mundo la mira con malos ojos...

Por la Prensa hemos sabido, en tiempo oportuno, que un banderillero retirado (que fué famoso por lo bien que se ponía el sombrero ancho para cruzar las calles estrechas) tiene en la actualidad una zapatería en Sevilla.

Y se da un caso curioso: que hasta que no ha tenido zapatería, no ha colocado ningún par en su sitio.

La frase *¡el movimiento se demuestra andando!* procede del excellentísimo señor conde de Romanones.

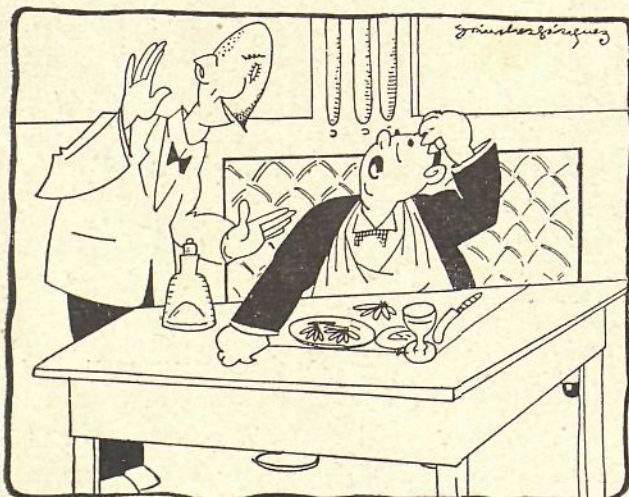
Porque, efectivamente, cuando anda el conde, el movimiento es tan formidable y tan variado, que merece la pena de verse; y aconsejamos a los lectores que no lo hayan visto, que lo vean en seguida. Aparte de que no cuesta dinero, es una cosa que pasarán muchos siglos sin que se vea nada semejante.

Entre las varias cosas atroces que suceden en el mundo, figura por derecho propio la siguiente tragedia.

En Groenlandia, los naturales del país (suponiendo que deba llamarse país a esa indigna birria de pedazo de corteza terrestre) gastan todas unas barbas enormes, tremebundas, así de largas, ¡fíjense ustedes!

Y, además de las barbas, los buenos groenlandeses se adornan con unas cabelleras que son una verdadera consternación. Hay melenas que llegan al escándalo, a la ignominia, al colmo y al suelo.

Excuso decir que el caballero que me diga a mí en serio que en Groenlandia hace un frío que pela, tendrá conmigo una abultada cuestión personal, de funestísimos resultados.

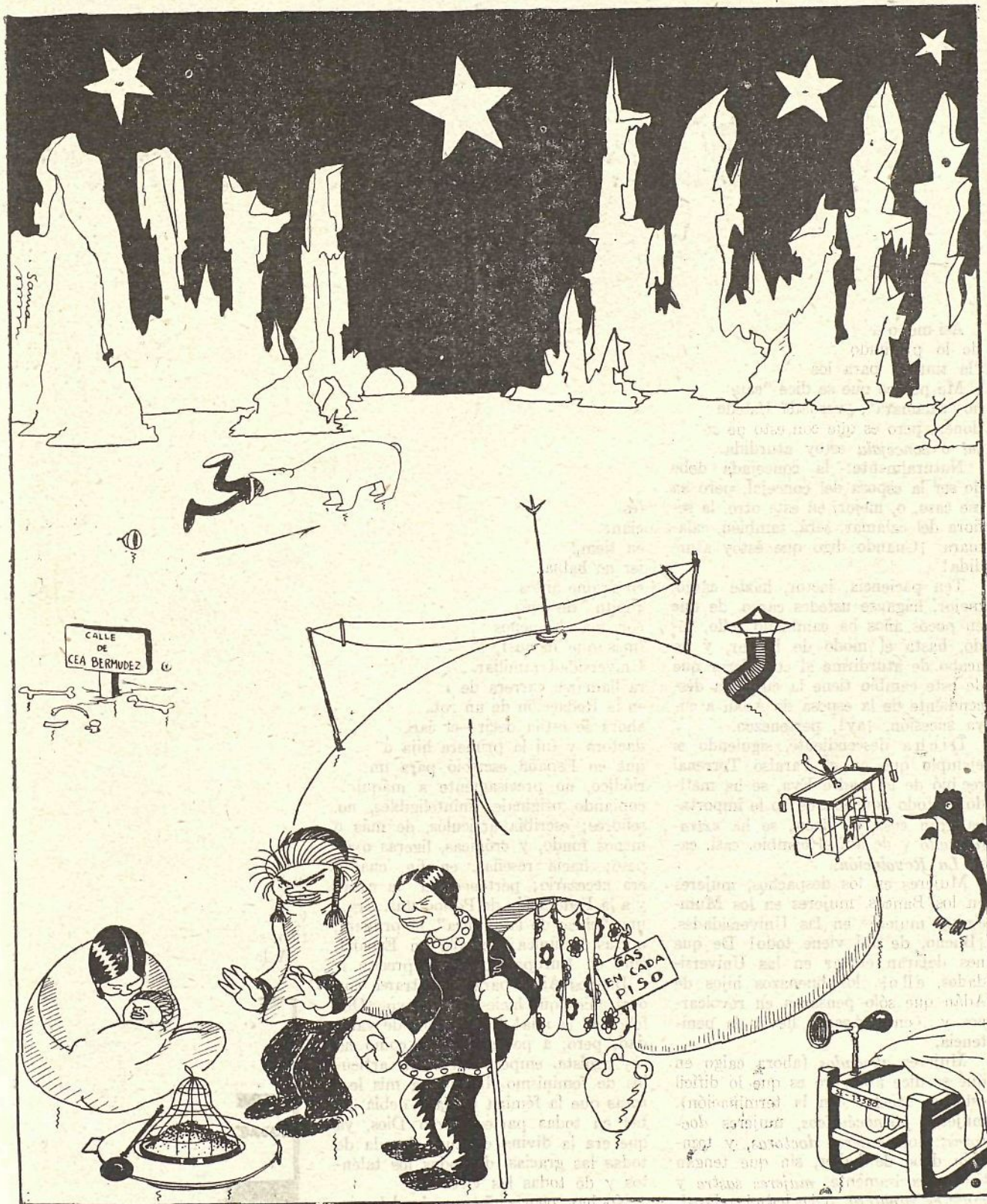


Dib. SANCHEZ VAZQUEZ.—Malaga.

—Me hubiera gustado comer aquí hace quince días.

—¡Oh, es usted muy amable!

—No; lo digo porque hace quince días estos boquerones tal vez estuviesen buenos.



Dib. SAMA.—Madrid.

DIA DE FRIO CERQUITA DEL POLO NORTE

—¡No sabes la rabia que me da imaginar que mi difunta suegra, con lo mala que era, estará ahora tan calentita en el infierno!

La tinta... para los calamares

Así me lo dijo la pobre calamar desde lo profundo de la cacerola, así: "la tinta... para los calamares."

Me parece que se dice "calamar" y no "calamara", ¿verdad? Ustedes perdonen, pero es que con esto de concejal o concejala estoy aturrida.

Naturalmente: la concejada debe de ser la esposa del concejal, pero en ese caso, o, mejor, en este otro, la señora del calamar, será, también, calamara. ¡Cuando digo que estoy aturrida!

Ten paciencia, lector, hazte cargo, mejor, háganse ustedes cargo, de que en pocos años ha cambiado todo, todo, hasta el modo de hablar, y yo acabo de aturdirme al considerar que de este cambio tiene la culpa la descendiente de la esposa de Adán a cuya sucesión, ¡ay!, pertenezco.

Dicha descendiente, siguiendo el ejemplo que en el Paraíso Terrenal recibió de la madre Eva, se ha metido en todo aquello que no le importaba gran cosa, es decir, se ha *extralimitado* y de ahí el cambio, casi, casi, *La Revolución*.

Mujeres en los despachos, mujeres en los Bancos, mujeres en los Municipios, mujeres en las Universidades. ¡Bueno, de ahí viene todo! De que nos dejaran entrar en las Universidades, ellos, los buenazos hijos de Adán que sólo pensaron en revolcarnos y... en el pecado llevan la penitencia.

Mujeres *abogados* (ahora, caigo en qué se dice así, pero es que lo difícil está en acertar con la terminación), mujeres *farmacéuticos*, mujeres *doctores*; no, mujeres *doctoras*, y también debe de haber, sin que tengan título precisamente, mujeres *sastre* y mujeres *zapatero*, o las habrá, ¡claro!, cuando no haya pan para tanta profesional (creo que lo he dicho bien).

Pido de nuevo clemencia por esta disertación, pero es que yo aspiro si-

quiera al globo de colores de que nos habla la convocatoria al Concurso y necesito dar explicaciones antes de llegar a referir cómo y por qué me dijo aquellas palabras: "La tinta... etcétera", mi malograda amiga, la calamar.

Yo, señores, en tiempos *pretéritos* (esto se lo oí decir a una conferenciante, un viernes, y me lo aprendí), en tiempos pretéritos en que la mujer no había llegado a ser todas estas cosas que antes dije que ahora es; yo, repito, después de haber estudiado con más o menos trabajos y fatigas (más que menos), en una especie de Universidad familiar, algo que pudieran llamarse carrera de Letras, obtuve en la Redacción de un rotativo—como ahora se estila decir—el cargo de redactora y fui la primera hija de Eva que en España escribió para un periódico, no precisamente a máquina, copiando originales ininteligibles, no, señores; escribía artículos, de más o menos fondo, y crónicas, ligeras o de peso; hacía reseñas, en fin, cuanto era necesario; pertenecía a "la casa" y a la Federación de Periodistas. Era... una "chica de la Prensa", la primera, quizás la única, no sólo en España, sino en Europa, pues era preciso ir a Buenos Aires para encontrarse con otra chica que hiciese lo que yo. ¡Qué felicidad la mía! Estaba loca de vanidad, pero, a pesar de ello, como no soy egoísta, empecé a escribir artículos de feminismo diciendo a mis lectoras que la fémina podía y debía estar en todas partes, como Dios, ya que era la divina criatura dotada de todas las gracias, de todos los talentos y de todas las virtudes.

No hay peor cuña que la del mismo palo: la fémina, delicada como una gata..., me arañó. Invadió la Redacción o quiso invadirla, y sobre mi mesa cayeron escritos y más es-

critos, que yo leía, corregía y publicaba, a riesgo de que me pegasen las mujeres o me destituyese el director.

¡Todas querían escribir! Todas traducían sus sentimientos, sus sueños, en frases que eran un desastre o en versos que mataban de lirismo... Cursis y soberbias a la vez. Sentimentales hasta provocar la risa, se declaraban a sus esquivos "adorados tormentos" en epístolas amatorias que yo me avergonzaba de ver firmadas por una mujer; o, bellezas altivas, fingían no poder corresponder amores que describían cual si los sintieran...

Creí enloquecer, y un día que hube de desengañar, en la sección indicada, a una pseudo escritora, vino para mí el acabóse.

La señora se presentó y me acusó de haber plagiado su escrito en un artículo que estaba firmado con un seudónimo que no era el mío porque tampoco era el artículo. Sin saber cómo calmarla fui en busca del redactor-jefe que me había recomendado aquel trabajo y ¡oh, desacierto!, ver aquel señor y empezar la dama a dar gritos, fué todo uno.

—¡Ese! ¡Ese! es el individuo. ¡Y tú eres la pérfida, su amante; la que enterada por él de nuestro amor lo has puesto en letras de molde! ¡Cobardes. Malditos!... ¡Ah!, ¡ah!

El bueno del redactor no sabía lo que hacer, y yo trataba en vano de hablar; la señora cayó en un ataque y, ¡zás!, en aquel momento, tan crítico, se presentó el Director.

A la señora se la llevaron dos ami-



gas que la acompañaban y a aguardaban en el vestíbulo.

Nosotros "éramos culpables" y el Director nos exigió la dimisión.

Pero como el redactor no tenía la culpa de parecerse extraordinariamente a un ex novio de aquella dama (la cual padecía manía literaria y por ella vistió la camisa de fuerza), su dimisión fué de un día, mientras que la mía hubo de ser irrevocable. Yo era causante de que las mujeres hubiesen perturbado la paz en el rotativo.

Dimisionariamente, pues, me encaminé a mi casa en la que no hallé a nadie. Mi familia estaba de convite, y la criada, según supe después, asistía a un mitin de emancipación de las chicas de servir (clase que pronto daremos por inútil gracias a los aparatos automáticos que en Yankilanda se han inventado para lavar, planchar, guisar, etc.) y me había dejado encima de la mesa de la cocina un cubito Maggi, unas patatas, un calamar, una cebolla y un perol con aceite. Todo sin preparar, sin haberse tomado el trabajo siquiera de escribir en la mesa "ahí queda eso".

Resolví comer y así fué cómo trabé relaciones con uno de los más sabrosos habitantes de los mares, que al tomarlo en mis manos me miró y remiró con aquellos sus ojos saltones. Miré también, vi que sonreía y le oí hablar así:

—¿Qué vas a hacer conmigo, arroz?

—No. El arroz es indigesto cuando se pasan disgustos.

—¿Entonces, vas a rellenarme?

—Menos: estoy cesante. ¿De qué quieres que te rellene?

—¿Pues qué vas a hacer con mi pobre cuerpo?

—Anegarlo en su propia tinta ya que no puedo arrojar el tintero a la cabeza de las escritoras que ponen el sexo en ridículo y me traen a la cocina.

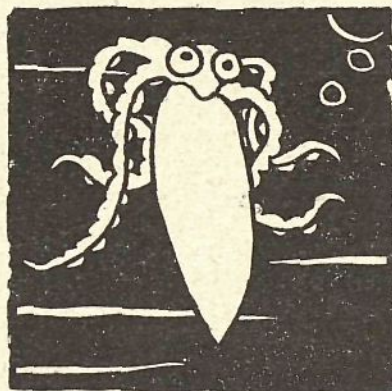
—¿Acaso no escribes tú?

La indiscreta pregunta apuró mi paciencia y, tomando las tijeras, hice pedazos al calamar, teniendo buen cuidado de buscar la bolsita negra que no encontré, o, mejor dicho, que no era negra. Sin parar mientes en ello, hice la preparación, y al fuego; pero pasaba el tiempo y el guisado permanecía blanco por más que lo revolviésemos con la cuchara. ¿Pero y la tinta? ¿Si tendría aquel bicho agua de azahar en vez de tinta? Una idea luminosa: Si la tinta estuviese en los ojos

del animal, es tan fácil trabucarlo, siendo escritor, el asunto de las tintas.

Allí estaban los ojos; con alguna impresión los cogí, los lavé y a la cacerola. Nada: la misma blancura.

El calamar, entre la cebolla, chisporroteaba como en gemidos; los ojos, sin soltar la codiciada tinta, me miraban, y del fondo del perol una voz musitó: "No esperes de mí lo que no puedo darte. Soy una hembra calamar. Nosotras somos hijas respetuosas y esposas amantes. Avergonzadas de lo que en la tierra hacen muchas mujeres con la tinta tuvimos una reunión en el fondo de las aguas, resolviendo pedir al que todo lo puede convirtiese en agua nuestra tinta. Así he-



mos renunciado a ella y es sólo para los calamares."

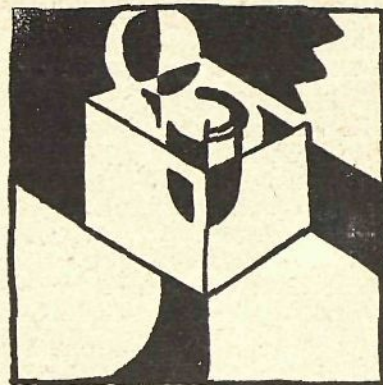
Al oír aquello, mis lágrimas cayeron encima de la digna hembra, y al llevar el pañuelo a los ojos una alegre carcajada me volvió a la realidad del vivir; el pañuelo era una toalla mojada que el diablillo de mi hermana menor me había aplicado, y ella, mi hermana, la que entre hipoes de risa leía esto, sentada a los pies de mi cama:

"Ayer te sentí cantar
y hoy te he vuelto a oír.
Mi alma empeñada en girar
en torno a tí."

—¿De quién es eso?—le pregunté.

—De "Rosa de Chipre". Acaban de traerte la correspondencia del periódico. Son las diez.

¡Oh, felicidad! Me habían retirado la dimisión; pero, recordando las sensatas palabras de la fémina de los

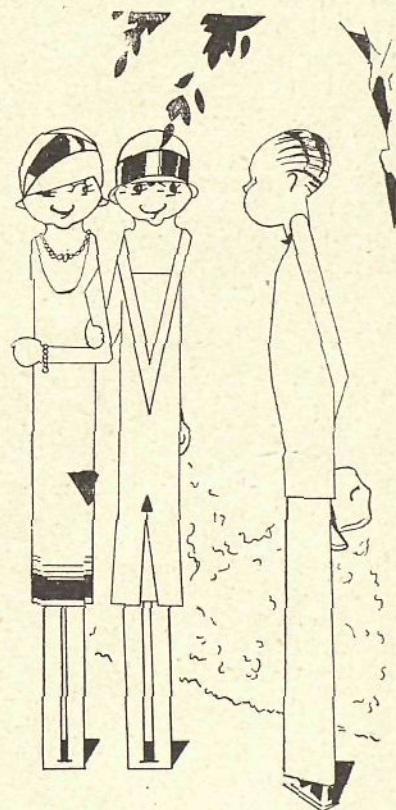


mares, contesté toda la correspondencia femenina con ellas.

Desde entonces vivo en paz y a la que intenta turbármela le repito:

—La tinta... para los calamares.

MARÍA DEL CARMEN ABAD



Dib. JOAQUÍN DIAZ.—Sevilla.

—¿Entonces conoces a las del 17?

—No; tampoco.

—¿Cuando yo decía que éste tenía muy poco conocimiento!

El método de Ollendorf

En cualquiera de los innumerables cuentos y novelas cortas, no festivas, que brotaron de mi cabeza glicerosfosfatada, igual que una erupción, hallarán los lectores la inevitable escena de amor, en la que el galán, frase a frase, va adueñándose del corazón de la bella elegida, hasta hacerla exclamar: "¡Te amo, sí! ¡No lo habías comprendido?"

Los lectores me van a perdonar si a continuación transcribo algunos trozos de una maravillosa narración—no hará falta decir que es mía—, tomada al azar entre las muchas que vieron la luz toledana en "El Eco de Polán".

"En el jardín se fué desdibujando la figura de Carlota. Ya el lucero vespertino titilaba con destellos de plata.

—¡Julio!...
—¡Carlota!...
—¿Se ha asustado usted?
—No..., es decir..., sí. Pensaba... y no pensaba... No me entiende usted, ¿verdad?

—Exacto. No la entiendo nunca y, sin embargo, la comprendo siempre.

—Expliquémonos.
—Eso, expliquémonos.
—Pensaba en mis desdichas y no pensaba encontrarle a usted aquí en el jardín, a mi lado.

—Lo mismo entendí, sin que sus palabras me lo dijeran. No la comprendo nunca, porque sus frases son una constante paradoja, y, no obstante, hay tal afinidad en nuestros espíritus que ellos se entienden siempre.

—¡Julio!, ¿qué misterio encierran esas palabras?

—¡Diga usted qué fuego!...
—¡Sí, Julio, qué calor!...

Han transcurrido once años, tres meses y un día desde que mi pluma de adolescente pergeñó lo que acaban ustedes de leer. Y, acaso, se estén preguntando los lectores cómo pude pasarlos en libertad. Pero dejémoslos de digresiones y terminemos la lectura. ¡Valor! El final del pasaje era el siguiente:—

—¿Volar?—preguntaba ella—¿Para qué?"

Contestaba él:

—Para poder declarar sin temor este ardor que me consume. Y des-

pués, en un vuelo, levantar y volar hasta al cielo."

—¡No!—exclamaba ella—¡No huyas! ¡No has comprendido que te amo?"

El éxito que alcancé entre las muchachas de Polán fué desgarrador. Sin embargo, en mi corazón seguía hecho el vacío. La literatura (¡!) no me dejaba tiempo para amar.

Más, ¡ay! que al correr de los años me hizo llegar al veinticinco de mi nacimiento y comprender que una vida sin amor es igual que una taza de café sin azúcar. Este pensamiento se me salió de la cabeza una mañana que me levanté con la boca amarga, y me dije:—Felipe: de hoy no puede pasar. Es preciso que te enamores.

Y a las cinco de la tarde del mismo día me enamoré de una manera bárbara, con tal furia que al llegar aquella noche a casa, no tuve que hacer ningún esfuerzo para deglutir una chuleta que me presentaron. La mordí con facilidad y no protesté como otras veces. Esto y unas alucinaciones nocturnas que sufrí durante dos semanas, me hicieron asegurarme de que estaba irremisiblemente extraviado.

Y un atardecer otoñal y gris, tiré por la ventana el frasco de la nuez de kola y marché en busca de mi amada.

La encontré en el Parque del Oeste. Allí paseaba todas las tardes y allí la conocí, en compañía de unos amigos, el día de la chuleta.

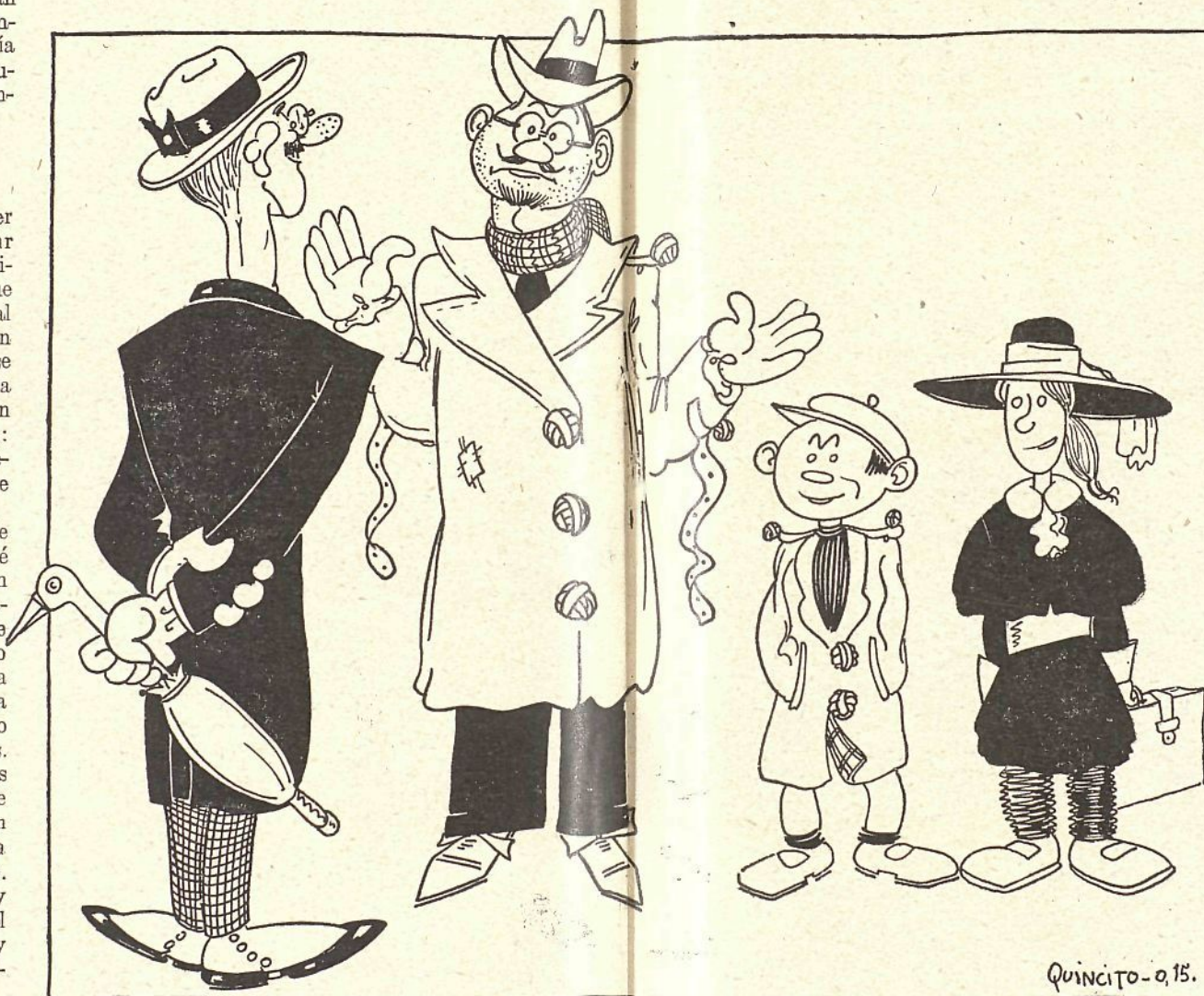
Llegué, suspiré y habléla.

Iba decidido a hacerla una declaración, la más hermosa de todas las publicadas en "El Eco de Polán". No

pude. Juzguen ustedes por qué. Este fué, poco más o menos, nuestro diálogo:

—¡Taqui! (Se llama Eustaquia.)
—¡Ya era hora, so sinvergüenza!
—¡Ansiaba verla!
—¡Camelos, no; pingüino!

Como ustedes observarán, el saludo vulgar de niña "pera" o "bien"



Dib. QUINCITO.—Madrid.

—¿Y su hermano el aviador?
—¡Ah! ¡El año pasado subió al cielo!
—¿A qué? ¿A batir quizá el record de altura?

con que contestó al mío, no me ayudó a comenzar. Hubiera preferido un ¡ah!, un ¡oh!, un ¡ay!, o simplemente, mi nombre; algo, en fin, aprovechable. Así hubiera podido yo preguntar: "¿En qué pensaba usted?"

Pero aquella "salida" de "¡Ya era hora, so sinvergüenza!" me desconcertó. Tardé un rato en buscar otra frase que me llevara a la prometida declaración. Al fin la encontré.

—¡Taqui!—suspiré—. ¡Yo quisiera volar!

—Y yo—contestó.

¡Oh, dicha! Ya estaba encauzado

dijo una amiga de Eustaquia—. A mí me lo viene repitiendo desde que te conoce.

—¿Y dices que le parezco "jamón"?

—Pues claro, hombre; ámate...

—¡Pero si no me deja hacerla una declaración!...

Mi amiga me miró y abrió la boca. No sé si fué admiración o un bostezo.

Una vez más volví al Parque.

—Taqui—la dije—: vengo decidido a declararme a usted.

Quiso hablar, lo que impedí.

—¡No! ¡Silencio!

—Pero...

—Hágame el favor...

Hubo una pausa. Recordé que en todas las comedias que había visto representar y siempre que el primer actor sentía deseos de declararse a la primera actriz, se escuchaba, entre bastidores, las notas dulces y suaves de un vals lesto. Por desgracia, en el Parque no había ningún piano. Y hube de conformarme con los arañazos de una pobre mujer sobre una vieja guitarra. Después saqué de uno de los bolsillos de mi americana "El Eco de Polán" y se lo entregué a Eustaquia, diciendo:

—Empiece usted. Lea esta primera frase y espere a que yo la conteste.

—¿Está usted preocupado?"—preguntó leyendo.

—"Sí — contesté —. Me preocupa su indiferencia."

—¡Pero si yo no estoy indiferente! — protestó Taquí.

—¡Así no puede ser!—grité—. Lea usted la contestación y no se aparte de ella.

Volvió a leer, resignada.

—"¿Mi indiferencia?"

—"Sí, Adela..."

—¿Cómo Adela?—protestó nuevamente—. ¡Si yo me llamo Taquí!...

—¡Calle, por favor!...—grité—. "Sí,

Adela, su indiferencia que me consume. Porque yo, Adela..."

—¡Y dale!...

—"...sufro el tormento más horrible que sufrió hombre alguno. Porque yo, Adela, amo a usted."

Calló Taquí.

—Siga—dije—. La respuesta está a continuación. Dígame lo que piensa.

—¡Caballero! — exclamó Taquí con indignación, devolviéndome "El Eco"—. ¡Pienso que es usted un majadero!

Quedé asombrado.

—¿Pero no estaba usted decidida a decirme que sí?—pregunté.

—Sí, señor—contestó—. Y usted ha tenido la culpa, por cursi. Porque yo esperaba una declaración directa, pero no por el antiguo método de Ollendorf.

Y rápidamente se alejó dejándome solo con "El Eco". Desde aquel día me dediqué al humorismo.

PABLO TORREMOCHA

BUEN HUMOR

lo venden en la capital

de Guatemala el diario

de la tarde «Excelsior»

y los señores La Riva

:- :- Hermanos :- :-

9. Avenida

Sur, núm. 8

RAMONISMO

CAMISEROFILIA

La otra obsesión de la época, después del automóvil, es la camisería.

La pasión camisera se nota siguiendo a la multitud en su viaje por las calles y viendo que pasa distraída hasta frente a las joyerías para detenerse con avidez en los escaparates de las camiserías.

La camisa transforma al hombre,



le da optimismo, enjuga y refresca con su recientismo y su tela nueva la tristeza y sobrecogimiento del torso. El sufrir y llorar de los cuerpos lo compensa ese sobreánimo que da el tener camisas o corbatas nuevas. Los pañuelos son poco para consolar.

El que ve una camisa atractiva, se dice: "Compra esa camisa, que tus pensamientos variarán, serás más juvenil, más conquistador y tu corazón volará en un globo nuevo de tela rayada de colores."

Las camisas hablan con los transeúntes y dicen en algarabía de seducciones:

—¡Mira que soy muy original!

—¡Mira que soy distinta a las que tú crees que se me parecen!

—¡Mira que si me llevas te tocará la lotería!

—¡Mira que me siento tu prometida!

—¡Mira que parezco vulgar, pero que soy extraordinaria!

Las camiserías son salidas prácticas del dinero, que quiere correr y desgastarse, siendo premio individual que el trabajador se otorga a sí mismo.

¿Será el abuso de la camisería el nuevo vicio que preconizó Gautier?

—¿Pero otra corbata? ¿Pero otra camisa? ¿Pero unos calcetines?—grita la mujer al que llega con un nuevo encargo de camisería.

Los anuncios rebosan ropa blanca, los ganchos de las corbatas están llenos de pesca variada y los calcetines, metidos en un puño cada par, esperan crispados a que les llegue la deseada hora del lucimiento.

Los pollos mariposas revoltean alrededor de los mostradores en que el cortador endereza cortes y cortes de camisas, dándole al rotativo de las grandes piezas de tela.

—Hágame una de esta clase... Y otra de esta... Y otra de esta otra—van diciendo al que oficia con la serpiente de la vara al cuello.

Las camisas se improvisan fácilmente, pues no se hacen aquellas camisolitas, que por algo se llamaban camisolitas, y en las que el apresto y los pliegues y los pespuntos y el bordado de la inicial y el aspecto transcendental que tomaba el camisero al hacer entrega de ella como de una casulla, las daba un valor único de coraza adamasquinada y nielada en Toledo.

Las camisas de cuello abierto han habido un momento en que han ido a corromper la camisería con su desviación absurda, cursi y falta de recato; pero toda la camisería de color ha reaccionado y ha vuelto a dominar los escaparates que hubo un momento que dominaron las camisas híbridas.

¿Qué diferentes esas camisas de cuello entreabierto de aquellas de dormir, cuyo cuello bajo cerraba un cordón azul con dos borlas!

La camisería se va llenando de adminículos que se aproximan a ella, pipas, babuchas de cuero trabajado, pan-

talones de montar a caballo, tirantes llenos de ganas de desperezarse, y como cosecha del campo de "golf" esos bastones con porra de maza, que después de los primeros juegos, arraigaron en la tierra del campo y se reprodujeron hasta el asombro.

Los preparadores de escaparates más perfectos son los que tienen a su cargo confeccionar el de una camisería. Lo preparan en las madrugadas llenas de inspiración, y es de ver cómo sitúan una cortaba en un rincón y otra, que es de color contradictorio al de ésta, en el rincón opuesto.

Saben mucho esos confeccionadores de escaparates de camisería y colocan en el centro la camisa que ha de



hacer picar a más gente, la camisa cebo junto a los calcetines que la van mejor.

Con el estor corrido del escaparate, el gran recistero de las estanterías de cristal y de las pinzas del reclamo, se mueve como pintor que observa desde lejos los efectismos y da las últimas pinceladas con un pañuelo morado o con unos guantes verdes.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

El sombrero de Rita

I

"Rita mía: considero que ya tus cascos están para darlos al traperero, y te envío ese sombrero que he comprado. Tuyo"
Juan."

II

"Gracias, Juan, por tus favores. ¡Vaya un sombrero! Te pintas solo para esos primores. ¡Qué adorno sobre las cintas y qué entonados verdoros!..."

III

"Rita: Aunque estés muy contenta con el conjunto que ostenta mi regalo, di al momento si le adornan (por mi cuenta) con algún otro elemento..."

IV

"Juan de mi vida: Mejor que mi sombrero no hay nada y con él hago furor. (Posdata.—Sabrás, mi amor, que voy estando arruinada.)"

V

"Rita: Lamento infinito tu despilfarro maldito, que hoy te hace andar en un pie. (Posdata.—Celebro que siga bueno el sombrero.)"

VI

"Juan: Conmigo sé piadoso, pues, por mi destino ingrato, vivo de un modo angustioso, con un sombrero precioso... ¡y sin un real para el plato!"

VII

"Rita: Deploro tu mal; pero ya que es verde el tal sombrero, prueba a ver si te lo puedes comer con vinagre, aceite y sal."

VIII

"Juan: Ayer me lo he comido; pero al verme, tras mi apuro, sin mi sombrero querido, me he vuelto loca; ¡he perdido la cabeza; te lo juro!"

IX

"Rita: Otro casco (¡gran pieza!) pensaba mandarte; pero sería ya una simpleza. ¡Una mujer sin cabeza no necesita sombrero!"

JUAN PEREZ ZUNIGA



Dib. LOPEZ REY.—Madrid.

—¿A que no sabe usted cuál es un animal que tiene cuatro patas, rabo y rebuzna?

—Un burro.

—Usted lo sabía ya...



Dib. SANCHEZ VAZQUEZ.—Málaga.

—¿Cómo dura esta noche tanto "Romeo y Julieta"?

—Es que los que hacen los protagonistas son tartamudos.

Una cáscara de plátano

(Cuento filosófico)

El día antes de celebrarse el campeonato de carrera del kilómetro lanzado con honda, Jimmy Specht estuvo por la noche en casa de su novia. Claro que esta visita nocturna no era exclusiva de la víspera de la gran carrera, pues desde hacía dos años Jimmy Specht, espíritu rectilíneo, iba todas las noches a casa de su novia. Y esto ocurría porque desde hacía dos años Jimmy Specht era novio de su novia.

Antes de ser novia de su novio, la novia de Jimmy Specht tenía otro novio. El primer novio de la novia de Jimmy Specht era Bunny Slim, campeón de cross-country de los Estados Unidos. Desde que estudiaba latín en la Universidad de Harvard, Anita White—que así se llamaba la ex novia de Bunny Slim y novia, sin ex, de Jimmy Specht—tuvo tres ilusiones: ser amada por un campeón de cross-country, casarse con él y hacer el viaje de boda a las Cataratas del Niágara, que sólo había visto en el Noticiario Fox.

En aquel entonces, era campeón Dick Sherval, a quien Anita White escribió una carta pidiéndole relaciones, carta que obtuvo pronta respuesta de la esposa de Dick Sherval y madre de sus ocho hijos, la cual aconsejó a Anita White que se fuese a dar un paseo por Broadway. Pero Anita White no la hizo caso, y se entretuvo aquella noche en agujerear con un alfiler todos los retratos de Dick Sherval que encontró en su casa.

Poco tiempo después, Bunny Slim quitaba el campeonato a Dick Sherval, y a las veinticuatro horas recibía una carta de Anita White pidiéndole relaciones. Bunny Slim, que era joven e inexperto, contestó que su corazón estaba lleno de ternura, y que por la noche iría a su casa. Así ocurrió. Bunny Slim llegó a las nueve y veinte minutos. A las nueve y treinta se asomaban los dos a una ventana que daba sobre el jardín. A las nueve y cuarenta y cinco saltaban por el ventanal y caían sentados en el césped. A las diez y quince (veinticinco) terminaban de darse el primer beso. El último se lo dieron a la misma hora, catorce meses después, la víspera del día en que Bunny Slim, en competencia con Jimmy Specht, perdía el campeonato de cross-country de los Estados Unidos.

Inmediatamente, Anita White escribió y envió dos cartas: una a Bunny Slim, devolviéndole su sortija de compromiso, y otra a Jimmy Specht, diciéndole que estaba segura de que serían muy felices, y comunicándole que los besos en su jardín sabían a tabaco de Virginia. (Conviene advertir que Anita White se había documentado respecto de los gustos de Jimmy Specht).

A Jimmy Specht los besos de Anita White le supieron, simplemente, a besos, sin complicaciones de estanco. Pero como Anita White le ofreció darle café todas las noches, Jimmy Specht, espíritu ahorrativo, aceptó encantado. Y desde su primera visita, día tras día, siguió yendo a tomar café y a besar a su novia hasta que se cumplieron los dos años de las relaciones. Y el aniversario coincidió precisamente con la víspera del campeonato.

Jimmy Specht iba a competir con

Jack Dooney, pero todo el mundo estaba seguro de que Jimmy Specht seguiría disfrutando su título de campeón. Esto tenía muy contenta a Anita White, y la pareja decidió casarse al día siguiente de la carrera y partir en seguida para visitar las Cataratas del Niágara.

La víspera del acontecimiento deportivo, Jimmy Specht, al salir de casa de su novia, emprendió el camino de su hotel. Y en la calle Treinta y Dos, frente a un poste de teléfonos, Jimmy Specht pisó con el pie izquierdo una cáscara de plátano y resbaló. Se apoyó en el poste, y evitó así la caída. Y siguió caminando hacia su casa. Se acostó, se durmió y soñó.

¡Oh, qué sueño más bonito! Un sueño con ángeles de alitas transparentes y con niños vestidos de blanco que cantaban aquello de "Mambrú se fué a la guerra", traducido al inglés. Muy infantil.

A la hora convenida, su entrenador fué a despertarle. Desde muy temprano, el público fluía para ver la carrera. En primera fila estaba Anita White.

Y empezó el espectáculo. Al principio, todo fué bien. Jimmy Specht se mantenía a la cabeza de los corredores, con gran ventaja sobre Jack Dooney. Pero de pronto... ¡Ahhhhh...! Jimmy Specht sintió un calambre en el pie izquierdo. Trató de seguir avanzando, pero el calambre se repitió. ¡Era la huella de la cáscara de plátano! Poco a poco, fué perdiendo terreno, perdiendo fuerzas y perdiendo el campeonato. También perdió unos centavos, pero fué porque se le había roto un bolsillo. Al terminar la carrera, Jimmy Specht llegó en último lugar. Jack Dooney había ganado el título de campeón.

Aquella misma noche, Jimmy Specht era ex novio de Anita White, y Anita White era novia de Jack Dooney, con quien se casó poco después, marchando los dos a visitar las Cataratas del Niágara. Pero el tren descarriló y los dos perdieron la vida. ¡Triste fin!

La parte filosófica de esta narración consiste en que, a no ser por la cáscara de plátano, Jimmy Specht se habría casado con Anita White, y el descarrilamiento le hubiese ocurrido a él.

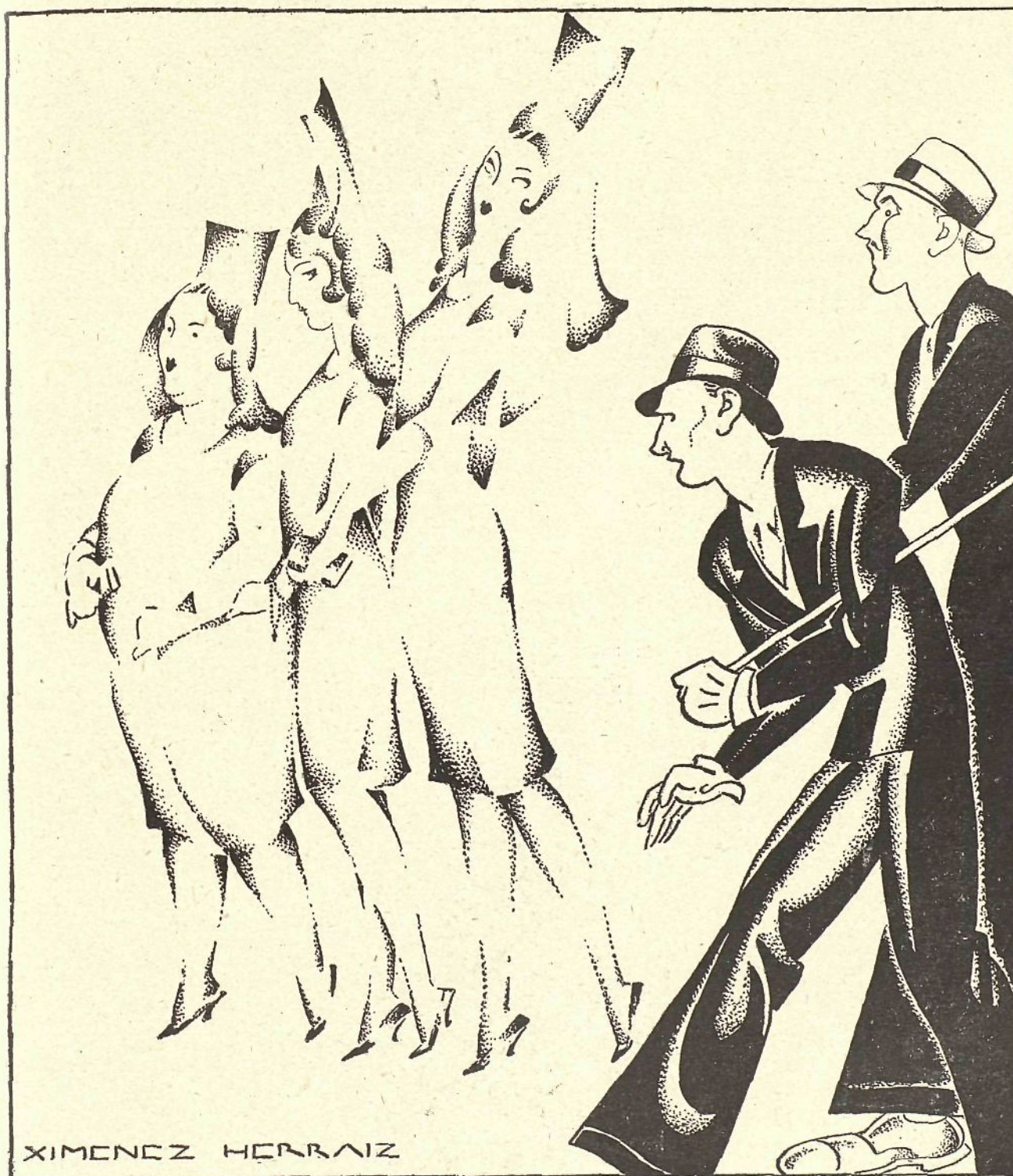
CARLOS FERNANDEZ CUENCA



Dib. PERALS.—Madrid

—Apártese que me dan mucho miedo los autos de noche.

—Pues más miedo me da a mí la noche de autos.



XIMENEZ HERRAIZ

Dib. XIMENEZ HERRAIZ.—Madrid.

—¡Chico, qué ojos!... Me ponen en el alero.
—¡Claro, como estamos al lado de las "tejas"!



Lidia de tres toros bravos y otros varios embolados por el diestro - nuevo en esta plaza - Ignacio Sánchez Mejías (El Psicoanalista chico)

Había expectación; la Plaza estaba llena de espectadores y de curiosidad. Engalanada, por añadidura, como pocas veces la hemos visto. Mignoni, el escenógrafo Mignoni, que nos había ofrecido días antes un bonitísimo cartel de *Petenera*, se había encargado de escenografiar la corrida y había hecho lo mejor de su vida: algo bueno, pero bueno, pero bueno.

Aquello encandilaba... Buen presagio... Bullía la sangre... lucía la arena... gritaba el sol "¡Viva España!"

Los hombres se habían liado la manta a la cabeza y las mujeres la mantilla... Corrochano echaba el resto... Gritaba desde el Este Don Modesto... Madrid... La Cibeles... Goya...

El Clarín no sonó. Pero sonó la flauta. ¿Por casualidad? Véase una cuestión: "¿Pueden sonar las flautas por casualidad? ¿Qué es eso de la casualidad cuando las flautas suenan como deben? ¿Dejan de sonar las flautas cuando la casualidad las suena? Y ¿qué clase de complejo reprimido nos hace meternos, cuando suenan bien las flautas, en casualidades de once varas?"... Estos eran los capotillos de paseo — de "¡Vaya usted a paseo!" — que estaban haciéndonos guiños mientras íbamos oyendo los compases de este o aquel paso *doble*. Pero estos capotillos postineros no se tienen nunca en cuenta cuando comienza la lidia. Por eso se los deja,

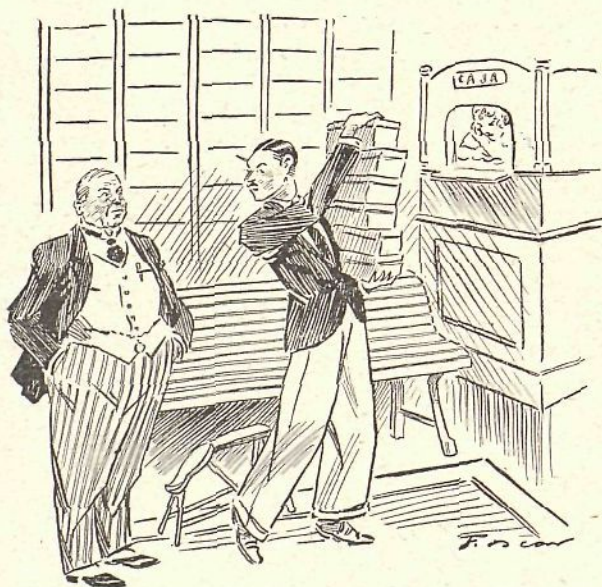
con sus dobleces, en este o en aquel palco y... ¡al toro!

Pertenecía el primer toro a la ganadería castiza del "A mí no me la dan..." Revoltosillo, travieso, chulo él... Desde antes de salir de los chiqueros andaba ya diciendo: "¿Que esto va a ser bueno?... *Amos, ande...* Pero ¿usted se figura que un torero va a coger la pluma así como así, sin más ni más, y va a soltar una obra superrealista?... ¡Nanay!... Vamos, que no!"... "Nos ha echao al corral... de la Pacheca"—decía en otras ocasiones, sintiéndose erudito. "Le habrá salido una comedia... descabellá"—decía también otras veces, queriendo tener, así, sin más ni más, tanto ingenio como cualquier otro autor de género chico y gordo. Cuando terminaba un acto decía: "¡Vamos a otro tercio!"... Y silbaba, imitando el clarín, para que el telón se levantara. ¡Grasiosos que los hay!...

En cambio el segundo bicho era receloso... De los que tardan en salir del chiquero y salen con cautela, mirando a un lado y otro, para saber a qué atenerse. Procedía también de la misma ganadería, pero con efectos contrarios. Este guiñaba un ojo y decía: "A mí no me la dan: esto se lo ha escrito alguien... El anda en amistad con una partida de niños de Ecija y de sus alrededores... Alguno se lo habrá escrito"... A veces la suposición llegaba nada menos que a Ramón Pérez de Ayala...

Estos eran los más difíciles de torear más o menos revoltosos, pero francos: inocentes, en rigor y en fin de cuentas... Luego vinieron otros gazapones, que cortaban el terreno y regateaban los elogios.

Estos eran los más difíciles de torear. Como no embisten por derecho ni acuden al engaño (ese engaño a la vista, sin engaño: no hay nada en el



Dib. OSCAR.—Madrid

—¡Clientes más pesados!... ¿Se van a quedar con las botas de boxcalf o las de una pieza?

—Al saber el precio, se han quedado de una pieza.

arte de los toros y en el arte de los hombres menos engañador que eso que llaman "engaño" y que no es otra cosa que la técnica); como no van al terreno de la lidia, no hay posibilidad de lidiarlos. Se van por los cerros de Ubeda y en los cerros no hay forma de jugar a los toros. Hace falta algo más llano.

Ignacio fué portándose, no obstante. Pasados los primeros capotazos de exposición, un poco sin estilo, de tanto, llegó el tercio de los locos y ya fijó a la fiera, definitivamente. Con cuatro verónicas ceñidas, sobrias, templadas y en un palmo de terreno, dejó al toro en situación de entrar a los piqueros. Y pizaron. ¡Vaya si pizaron!...

Las faenas que vimos después, fueron casi todas de *este estilo*. Ese estilo sobrio, ceñido, sin desplantes ni floreos superfluos y vanos: ese estilo serio y justo es precisamente el estilo que estima en la plaza cualquier aficionado de verdad y que sepa de arte de toros. Ese estilo, en el teatro, no lo vemos nunca ni por casualidad. Vemos, por el contrario, que se aclaman faenas de efectismo y reboleras a toro pasado y de clavo más pasado.

Por eso nos parece salvador que el estilo tauromáquico pase de la arena a las tablas; a ver si pasa también al patio de butacas. Hoy en el teatro todo se vuelve andanadas. Es lo único que conservan de las plazas.

Añadamos que la cuadrilla secundó la labor del maestro de una manera a nuestro juicio admirable. La señorita Guerrero centró el tipo desde que salió, enriqueciéndolo a cada paso con matices y cambios de certero dramatismo; la Srta. Scedro González, en la escena de los locos estuvo como para darle, no "la oreja": eso nos parece poco poético tratándose de una señorita; digamos, cuando menos, la oreja... del corazón; los Mendoza muy en su puesto—nada difícil de conservar, ni el uno ni el otro—; y el señor Casterot, magnífico, sin olvidar al señor Capilla.

La lidia de Ignacio, sin embargo, no pudo limitarse a los toros anunciados en el cartel. Tuvo que habérselas con varios embolados, por completo fuera de abono, y con un capitalista de propina: el Doctor Gonzalo Lafora, que se arroja a cada paso a los redondeles artísticos em-

peñado en torear, entre profesionales, sin licencia.

Terrible la intervención del Doctor, y fuera, a nuestro juicio, de la fiesta.

En el arte de los toros, el que debe poner "cátedra" es el diestro; y el diestro aquí era Mejías. Las embestidas debían darse en su terreno.

Pero hete que Lafora, p. ej., se va derecho a los toriles y suelta al ruedo una serie de carabaos que ni estaban en programa ni reunían condiciones para la lidia.

Uno de los bichos que embestían lo hacía por el procedimiento de comparar lo conseguido por Ignacio con lo conseguido por Cervantes, Dostoiewsky y demás diestros inmortales. A este derrote bastaba con decir: "Si usted, doctor, no ha llegado a Pasteur, ¡cierre la clínica! Si usted aún no puede codearse con los Dostoiewsky neurólogos, ¡retírese!" Bastaba



Dib. JEAN.—Madrid.

—Mire como se han roto los zapatos que me he comprado esta mañana. ¿Qué dice usted a esto?

El comerciante.—Señora, ¡será que ha andado usted con ellos puestos!

esa media verónica para que el derrote se trocara en derrota. Ignacio Sánchez Mejías no aspiraba a sentar plaza de genio y de genio a prueba de siglos. No era para tanto.

Pero hubo otros miuras de más difícil lidia, no por falta de condiciones en el lidiador, sino por la casta de los enemigos. Alguno de los embolados que presentó el Doctor Lafora debían ser, en buena ley, rechazados previamente por los veterinarios.

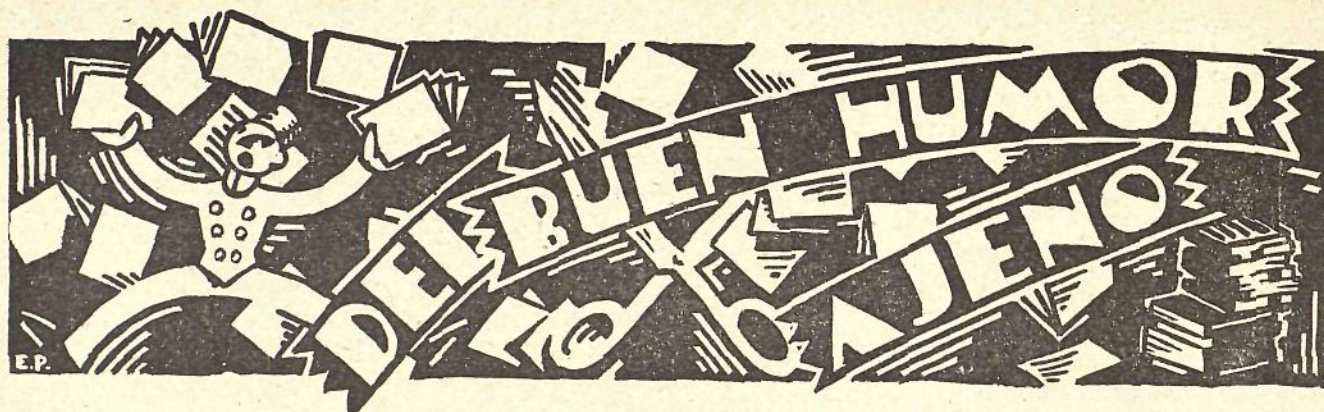
Esos embolados de que así no son los locos; de que eso no es psicoanálisis; de que en los manicomios hay prodigios que Sánchez Mejías no ha visto; de que las teorías de Freud van ya—¡Dios sea loado!—un poco de capa caída; todos estos embolados no "hacen juego": no proceden.

Esta corrida era, señores, como ya se anunciaba en los carteles—y ¡con qué calificativo de justeza y buen estilo!—un "juguete trágico". ¡Por algo aprendió en los toros, este hombre! La fiesta de los toros es también un juego y trágico. Y de verdad.

Por eso creemos nosotros que no podrá un médico jamás entender las obras de un torero. Son opuestos. El torero juega con la vida propia y el médico con la ajena. El torero hace de su muerte y de su tragedia, un juguete; y el médico pretende que "no echemos a juego", ni "a barato" (a barato mucho menos: con los honorarios no se juega) los recortes y faroles que dedica a los pacientes. Así no puede ser. Es posible entrar al toro con los terrenos cambiados; pero no tanto.

En los toros la verónica no pertenece—aunque lo parezca por el nombre—a la Historia Sagrada; ni el farol, al alumbrado; ni el molinete a la molienda... El arte del toreo—como cualquier arte, por supuesto—es paradoja. Tanto que—ya sabe—se torea "de frente por detrás", que es el colmo de la paradoja taurina. En este otro juego del diestro escénico Ignacio pasa tres cuartos de lo mismo: ni los locos importa que lo sean; ni el psicoanálisis—importa tres pepinos; ni el freudismo, en rigor, entra ni sale, ni influye. Lo que entra y lo que sale son unos muñecos—juguetes, y ¡cuán trágicos!—disfrazados, a veces, de soldados; a veces, de locos; a veces, también de cuerdos...

MANUEL ABRIL



CUENTOS JUDIOS

por Raymond Geiger

Lévy, que se ha convertido al catolicismo, es sorprendido un día de Cuaresma por el sacerdote del lugar, en el momento que, sentado a la mesa, se dispone a comerse un pato asado.

—Está bien, Lévy. ¿Es así como sigues los mandatos de Nuestra Santa Madre Iglesia? ¿Te parece bonito comer patos en Cuaresma?

—Perdone usted, señor cura; pero esto no es pato: es merluza.

—¡Merluza! ¿Pero es que te crees que estoy loco?

—Señor cura, ¿por qué os extrañáis? El día feliz en que abjuré mi maldita religión, vos me dijisteis: "Lévy: desde este mismo instante dejas de ser judío y eres cristiano". Pues bien; yo al ver al pato le he dicho: "Pato: desde este mismo instante dejas de ser pato y eres merluza".

En casa de Isaac..

Isaac, su mujer, Bloch y el joven Samuel están jugando a las cartas. Todos tienen delante una copita de licor.

De pronto la esposa de Isaac desaparece con un pretexto cualquiera. Y al poco rato Samuel hace lo mismo. Isaac y Bloch siguen jugando. De pronto éste dice:

—Isaac, ¿te has fijado cómo a poco de salir tu mujer ha desaparecido de aquí Samuel?

—Sí; me he fijado.

—¿Y no sospechas?... Yo creo que debes hacer algo.

—Es verdad—dice Isaac.

Y rápidamente se bebe la copa de

licor que no se tomó aún Samuel y se guarda en el bolsillo los siete francos que éste tenía sobre el tapete.

Es la costumbre que durante una de las ceremonias religiosas de los judíos, al llegar el momento que ellos conocen por *Kaddisch*, los fieles cierran los ojos un momento.

Y últimamente, sobre uno de los muros de una gran sinagoga se ha colocado el siguiente letrero, impreso en gruesos caracteres:

"Aviso: Durante la ceremonia del *Kaddisch*, la administración del templo no responde del extravío de los reclinatorios.

En un tren, en Polonia, al hacer la revisión el revisor comprueba que un judío va debajo del asiento, para, como es natural, ahorrarse el precio del billete.

—¿Con que esas tenemos?—le dice el empleado—. Ahora mismo os voy a entregar a la policía.

—¡Oh, por Dios!... No haga usted eso—implora el judío—. Es que se casa una hija mía y como no tenía dinero para ir a la boda...

El revisor acaba por ablandarse; pero cuando se va a marchar se encuentra con que en el departamento inmediato va también otro judío, metido debajo del asiento. El empleado se indigna.

—¿Qué hace usted ahí?... ¡Supongo que a usted no se le casará ninguna hija!

A lo que el judío responde:

—Es que yo, sabe usted... ¡soy el padrino!...

David, Mayer y Bloch van al entierro de Blum. Y ante la tumba dice David:

—¡Pobre Blum! No esperaba morir tan joven. Apenas hace tres meses que se hizo un seguro de vida y quién le iba a decir entonces...

—Efectivamente — interrumpe Bloch—, ha tenido siempre suerte para los negocios.

Era un invierno. Avrom marcha a caballo por el campo. La nieve cae incesantemente, el cielo se oscurece por segundos y la noche avanza. Avrom intenta en vano animar al caballo que tiritaba de frío. Bien pronto se hace de noche.

—Voy a morir de frío — piensa Avrom—Dios mío: si me libras de este peligro te prometo vender el caballo y emplear lo que me den por él en socorrer a los necesitados.

Apenas ha dicho esto cuando la nieve deja de caer, y el cielo se esclarece. Avrom puede continuar su marcha.

A la mañana siguiente se presenta en el mercado para vender el caballo, venta que lleva a efecto en la pequeña cantidad de diez rublos.

Y por supuesto con pacto de retro.

R. C. R.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Pedrucho Camacho. Madrid.

¡Lo deploro, buen Pedrucho!
¡Me contraría, Camacho!
¡Me duele, amable muchacho!
¡Lo siento, y lo siento mucho...
pero, eso es un mamarracho!...

E. T. E. Madrid.—Asegura usted que se apuesta un arroz y que lo paga religiosamente si sus cuartillas no nos hacen reír... ¡Conformes! ¡Ya veremos lo que pasa!

Pero una ligera advertencia: Convendría que fuese usted ya comprando el pollo, las almejas, los pimientos morrones, los guisantes... No es por nada, pero hombre prevenido vale una barbaridad, y creemos que debe usted prevenirse con la mayor urgencia y rapidez.

P. Fleta. Zaragoza.—Querido Fleta: Tanto si es usted pariente del tenor, como si no le toca nada (y si no le toca, no podrá cantar en su presencia), le diremos que sus versos nos han dejado un poquitín *frappés*.

P. M. S. Gijón.—¡Arre, arre!...

C. P. M. Santander.
Sus versos a Basilisa nos han dado mucha risa.
¡Pero su soneto a Elena nos ha dado mucha pena!...

H. C. R. Madrid.—Ese boulevard de *Saint-Jermain*, con jota, nos parece muy poco parisense. La jota, fuera de Zaragoza, choca mucho. Si nos lo hubiera usted puesto con un *chárleston*, o por lo menos, con un valsecito, nos habría parecido muchísimo mejor. Ya lo sabe usted para otra vez.

Caén. Burgos.—Usted, amigo Caén, es como escritor, más malo que Caín, suponiendo que Caín escribiese como usted, que es una suposición algo aventurada y demasiado ofensiva para Caín.

R. B. P. Valladolid.—Sus tres croniquillas son muy poco

cómicas y sobre todo muy poco nuevas en esta revista, en la cual se han tocado ya esos temas con una perfección y con tan furibundo éxito que ni Rubinstein sería capaz de tocarlos mejor. ¡Y eso que ése lo toca todo, desde la Quinta Sinfonía hasta la última criada que ha entrado a su servicio!...

Persiles. Bilbao.

Poeta de los más viles es este pobre Persiles.

E. LL. Madrid.—*La sir-sienta*, ¡cosa rara!, no sirve.



El mendigo.—Yo, realmente soy un autor. Escribí una vez un libro que se titulaba "Los cien caminos de ganar dinero".

El caballero.—¿Entonces por qué pide usted limosna?

El mendigo.—Es uno de los cien caminos.

Lorenzo. Barcelona.

Leo atento *La venganza*, y al leerla me convenzo de que es un bestia Lorenzo para el cual no hay esperanza...

Ni de enmienda ni de curación. Tenemos una dolorosa práctica en estos asuntos.

D. R. T. Madrid.—Francamente deshonesto e hipócritamente idiota.

P. M. S. Madrid.—No nos place.

L. B. San Fernando.—No puede ser.

Reire. Granada.—Usted

despreciará a los *clowns*, pero usted es un tonto aunque no quiera. Y además, no le pagan por decir tonterías, como a ellos. No nos explicamos, por tanto, la razón de ese desprecio. ¿Es envidia, caballero?

B. O. G. Jaén.—No podemos acceder a sus desaforados deseos de publicidad.

P. P. S. Madrid.—Es una estupidez de lo más acabado que hemos visto.

M. V. Madrid.—Al dibujo

de verme bueno yo, pues dadas tus condiciones, si me viera malo y te avisase para que me vieras tú, me había apañado como hay Dios. ¡Que la diñaba sin remedio, ni más ni menos!... Afortunadamente, no hay miedo, porque te conozco ya lo bastante para saber evitar que me atices otra receta como la que acabo de leer.

E. P. G. Madrid.—Pero, oiga usted, amigo, ¿qué es eso de que el talento está en razón inversa de la limpieza de la camisa?... Porque usted tendrá la camisa sucia, pero además es usted un reverendo idiota. Y nosotros, que nos mudamos cada dos días, no diremos que seamos Shakespeares, pero somos bastante menos cretinos que usted. Nuestra única estupidez es dar propina a la planchadora, sabiendo que hay otros que no se la dan y están mejor servidos. Pero esto ya entra en otro orden de consideraciones sentimentales que el pudor de nuestro semanario impide explicar.

Yocasta. Huelva.

¡Ahí va una noticia infausta!
¡No nos gusta eso, Yocasta!

Bibí. Bilbao.—Queda aceptado uno de los dos portentos pictóricos que nos ha remitido usted últimamente.

R. G. T. Madrid.—Las desgracias de don Baltasar no han acertado a dar con nuestra fibra sensible. Es sensible (la fibra y el resultado), pero qué se le va a hacer.

C. A. M. San Sebastián.—¡Es usted más bárbaro que Atila! ¡Y tan del Norte como aquél!... ¡Vaya usted mucho con Dios, suponiendo que Dios pueda aguantar tan desagradable compañía!...

J. L. F. Madrid.

Su prosa, muy poco amena, trata un asunto tan fútil que no merece la pena... ¡Queda declarada inútil! ¡Y usted perdone la escena!



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.
¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

En una playa de moda.

La Condesa de Castillosenlaire al Sr. Duque de Cazadotes.—¿Usted sabe, Sr. Duque, en qué se parecé ese joven que va nadando hacia aquella barca el administrador de mi marido?

El Duque: —¡.....!

La Condesa: —¿No acierta? Pues es sencillísimo. ¡En que se baña!

Varguitas el Castigador.
Bilbao.

El nene.—Mamá, ¿me puedes decir por qué compran arroz Granito?

La mamá.—Porque sin granito no puede haber arroz.
Vicente Ballester.—Valencia.

Centinela.—¡Atrás! Ha dicho el teniente que no pase alma viviente.

Un caballero.—Hombre, no sea usted bobo. ¡Si es un muerto!

Centinela.—Pues, corriente. Que pase el muerto solo.

Cardo.—Paterna (Valencia).

En un puesto de antigüités, su dueño va enseñando a un caballero cuantas antigüedades posee, hasta llegar a unas caprichosas babuchas, que llaman extraordinariamente la atención.

—Aquí tiene usted estas babuchas en oro que representan

OZONOPINO

Ruy-Ram

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En el cine.

El acomodador (desconfiado).—¿La entrada...?

El espectador (distráido, apuntando hacia la puerta).—Por allí.

"Mas".—Gijón.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

CLICHES

Se venden a precios módicos los publicados en este semanario.



—Enséñeme usted el objeto más antiguo de su casa.

—Enna, ven, que este señor desea ver lo más antiguo de esta casa...

la Meca... Dicen que fueron del famoso Ali-Babá.

—¿Y estas otras más chicas?—pregunta el caballero, á lo que responde el anticuario:

—De su hijo menor, Ali-Bebé.

Fausto Crat.—Riffién.

Oye, Kin-Pon-Ching — pregunta al rey de Madagascar la más pequeña, el rey de Nipón—

Guagua—, cuando te presente Ali-Lalá las Tablas de las Nuevas Leyes, ¿qué piensas hacer?

—Una cama turca.

Otsual.—Madrid.

—¿A que no sabe usted por qué el Deportivo Alavés gana todos los partidos?

—Porque van todos Alavés.
Bad.—Vigo.

SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para meriendas

Bodegas de LOS CEAS

Diálogo a la salida del Circo "Krone".

—¿Qué te ha parecido la función del Circo?

—Pues, que está bien. Lo que no me parece bien es que el director se titule único propietario del Circo.

—¿Es que no es así?

—Claro, hombre. ¿No has visto que en la pista había cuatro o cinco "Krones" más.

Antonio Martín Morrán.
Madrid.

Opiniones:

—¿De modo que estás contento con que tu señora se haya cortado el pelo a lo "garcón"?

—¡Tú no sabes "los moños" que se ponía antes!

Carlos Atienza.—Madrid.

Un señor va a comprar un perro.

—¿Cuánto vale este? — dice señalando a uno.

—Cinco pesetas.

—¿Y este más pequeño?

—Cien pesetas.

—¿Y este más pequeño todavía?

—Ciento cincuenta pesetas.

—¿Y este más pequeño?

—Doscientas pesetas.

—Entonces, ¿qué me va a llevar si no compro ninguno?

Vicente de Castro.

Puente de Vallecas.

DANDY

La mejor crema para el calzado

Colmos:

—El de un limpiabotas.
—Sacarle brillo a una bota... de vino.

—El de un zapatero.
—Hacerle unos zapatos a los pies de la cama.
—El de un encuadernador.
—Encuadernar un libro con la tapa de los sesos.
José Vargas.—Tetuán.

El nombre de Joaquín Presa es ya de fama mundial: Presa hacen las criaturas en sus madres al mamar: Presa se llama a coger en el lenguaje vulgar: ¡Presa, Presa! gime en llanto la que ya encerrada está... Presa, Presa, ^{si en} Presa ha triunfado y triunfará. *Sostenes fajas* Fuencarral, 72 *Corsés* Teléf 51135.

—Mi tío es el colmo de la buena suerte.

—¿Y cómo es eso?

—Porque el otro día se le perdió una sortija en París y a los pocos días llega a Holanda y *La Haya*.

El Barbero de Sevilla.

Entre amigos:

—Oye, Manolo, te tengo que comunicar una noticia sensacional.

—Habla, que todo soy oídos.

—Pues, verás: que con la llegada del "Circo Krone" a Madrid, parece aclararse el misterio de las niñas desaparecidas.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque hay tres pistas.

Merceditas L. de Medrano. Madrid.

UN CONSEJO

Al que moleste el Verano y le sofoque el calor, que tome siempre cerveza en el **Restaurant ROSON** Avda. Reina Victoria, 6

Después de una estancia algo larga en la fonda, se prepara su equipo el huésped y se dispone a emprender el viaje de regreso a su país.

Pide la cuenta y paga cuanto en ella se consigna y empieza a despedirse de todos.

El mozo, que espera recibir la propina y advierte que el otro se hace el loco, le dice a manera de indirecta:

—Supongo que el señor se acordará de mí.

—¡Ya lo creo! — replica el huésped—. Prometo escribirte tan pronto como tenga un rato desocupado, hombre, porque me has sido simpático.

Francisco Olivas.—Madrid

Sucedido.

Predicando un misionero por las selvas africanas, llegó a un punto tan sumamente salvaje, que no podían serlo más; eran antropófagos. Les predicó durante algún tiempo y lo que más machacó fué lo siguiente:

—Hijos míos: nuestra santa religión no permite tener más que una mujer, y vosotros, por lo que veo, tenéis cuatro o cinco cada uno...

Se fué de allí el misionero, pero al cabo de algunos meses volvió a pasar por aquel país. Salieron los salvajes a recibirlo con gran alegría por haber cumplido todas las doctrinas.

—Padre—dijo uno de ellos—, hemos cumplido todo lo que nos predicó; ya no tenemos más que una mujer cada uno.

—¡Bien, bien...; pero ¿qué habéis hecho de las otras?

—Nos las hemos comido.

Justicia.—Valencia.

Cuento gitano.

El gitano Rafael fué de pesca y, cuando llevaba dos horas sin haber cogido un solo pez, observó que un hombre se lanzó al río con ánimo de suicidarse...

—¡Ba! Ese tiene una forma muy original de pezar—exclamó el Sr. Rafael—. Ze t'ra al río para cogerlos con la mano.

Tentado estuvo él de hacer lo mismo, pero en esto, el suicida, viendo que había poca agua,

Toda mujer exquisita sea de Madrid o de Andorra hoy para ir bien necesita llevar sombrero **LA HORRA**

Siempre La Horra
Fuencarral, 26-Montera, 17

salió del río; pero decidido a quitarse la vida, cogió una cuerda y se colgó de un árbol.

A la mañana siguiente, la Guardia civil encontró el cadáver, y sabiendo que el señor Rafael había estado en aquel sitio fueron a interrogarle:

—¿Estuvo usted pescando en el río?

—Zí, zeñó.

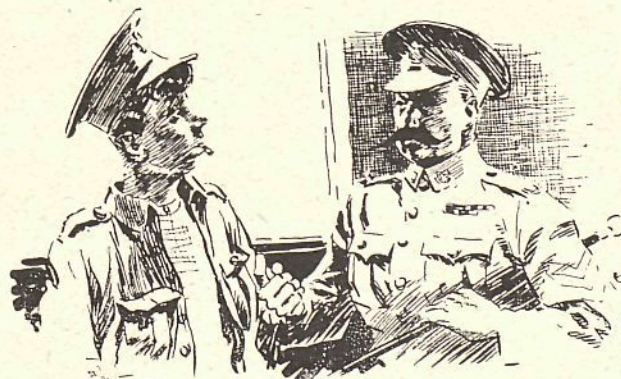
—¿Y no vió a un hombre que se ahorcó, colgándose de un árbol?

—Zí, zeñó.

—¿Y por qué no trató de evitarlo?

—Toma, pues como primero ze había tirado al río, creí que era que ze colgaba para zecarse.

M. A. Corrales
Jerez de la Frontera.



El sargento (al recluta).—Como camarada, un soldado debe hacer todo lo que pueda en favor de otro compañero. Por ejemplo: ¿qué haría usted si su compañero tuviera su comida preparada, sus botones sin limpiar y el corneta toca llamada para la parada?

El recluta.—Me comería su comida, mientras él limpiaba sus botones.

Ayuntamiento de Madrid

CANAS

AQUA DE COLORE
HIGIENICA
LA CARMELA
ELABORACION ESPECIAL
100 PZ CERO

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro, Santiago; y Sufrutal de Barcelona, Cans, es, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

CASA FUNDADA EN
SANTIAGO

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agosto Figueroa 8

CUPON
correspondiente al número 332 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea

CONSULTAS GRAFOLOGICAS



La sobrina de Honoria.—Vivos afectos, constancia, fidelidad (no confundirse con el retrato psicológico de un can); credulidad, superstición, nudo al ver tres curas, terror del paraguas abierto en casa...

Peterbeque. Buenos Aires.—O Petebeque, no entiendo muy bien, por más que calo mis gafas, aplico la lupa y gasto fósforo. ¿Chunga mis consultas? ¿cámelo? Ya estás viendo que no, que contesto a todo el mundo, aunque tarde, porque entra en mis chinecas costumbres, no salir de mi paso aunque me acosen con un chuzo. Lo malo es que tu consulta viene en papel rayado, lo cual que ha cruzado en vano el proceloso Atlántico... ¿No he dicho cuarenta y dos veces que contra las rayas del papel se estrella toda mi ciencia grafológica? ¡Pues entonces!

Una Habanera. — Idem, ídem, en lo del papel rayado. Sobre que no es procedimiento elegante...

Rosalinda. Sevilla.—"Amor sus nuevas rosas brinda, a la marquesa Rosalinda..." y a tí no sé lo que te brindará el destino, como preguntas, pero por falta de voluntad no te quedarás a medio camino. ¡Qué barbaridad! cuando tienes un plan entre ceja y ceja, no te lo arrancan ni a tres tirones. Y aun, que franca, al parecer, sabes muy bien callarte lo que te tiene cuenta. ¿Es eso?

Un agradecido.—Soy yo quien te agradecerá tan halagadora respuesta; veo que, en efecto, has quedado satisfecho puesto que me mandas dos grafismos femeninos. Pero ¡Confucio me asista! no me indicas pseudónimos, ni las señoras en cuestión firman. Clasifiquemos: la del papel amarillo (color grato a mi chinesca nacionalidad) es más celosa que Otelo, por lo cual, si la amas, seréis al revés del drama sespiriano, Otela y Desdémono... ¡guárdate de su furor! La de la postal es mansita, discretita y cariñosita; para ser borreguita no le falta más que balar...

Cosmopolita.—¡Sal de tu letargo! He dicho ya desde estas columnas de mármol y pórfido, que hice voto en Pekín, de no contestar dos veces una consulta. Sólo añadiré, pues, ya que me amenazas con tu sempiterna insistencia, que eso de que Job a tu lado sea un nerviosete con desequilibrio mental, no cuela, porque tienes tus impaciencias y tu irritabilidad, como cualquier bicho viviente; y además eres de temperamento celoso, si los hay. Y ahora, aunque vuelvas a la carga, el silencio de la tumba fría será mi única respuesta.

Soyful Brian. Sama de Langreo.—Tímido y pacato, petulante en el fondo, pero con mucho miedo de hacer el "ridi", y con más afán de pápiros que de despeñarse sobre los libros de texto y otros elementos creados para fomentar el bostezo libre.

J. M. S. V. Madrid.—Antes de que hayas llegado a edad proveecta, como ves, te llega mi respuesta ¡oh paciente consultante, digno de las bendiciones de Buda! Gustos artísticos, emotividad, impremeditación, generosidad rayana en prodigalidad... ¡una barbaridad! ¿Verdad? ¡Ah! Algo de penilla o murria sentimental, al menos cuando me consultaste, época en que

no te alegraba ni un burro cargado de guitarras...

Un Gatín.—Estas en un error más craso que lechoncillo asado con manteca: la grafología no "horoscopea": analiza el carácter. Del tuyo, Buda me preserve de definirlo, afirmando que eres majaderete, de granítico meollo, vanidosete y aficionado a charlar la vanidad ajena: no, no te diré tal, porque Kin-Fu-Fú no dice jamás insolencias: pero lo pienso, en uso de mi realísimo derecho...

Una gatita que se pirra por tus oblicuos ojos.—¡Mil gracias, aunque si vieras que ser tan insensible soy ante la admiración ajena! ¡se conoce que la costumbre que uno tiene de ser admirado! Si fuera mi amigo Kata Pun Chin Chin, lo verías hecho pura jalea ante el piropo... ¡El infeliz no acostumbra a oírseles! En fin, a tu asunto. Ingenio por arrobos, gracia por toneladas, el todo aderezado con cierta picardía ingenua. De fuerza de voluntad, más que Uzendum de fuerza muscular. Ernesto Polo te agradece los elogios. Mandé tus colmillos (¡perdón! quise decir tus pequeños colmos), a la dirección. ¿Algo más?

Machelina. — ¡Machelina, Machelina! eres persona muy fina, muy generosa, muy sensible, apasionada y de voluntad tenaz. Celosa, eso sí, por lo que compadecemos al afortunado mortal que llegue a ser objeto de tu pasión, pues el pobrecillo se ha caído con todo el equipo, si echa una mirada a otra prójima. Tú dirás que no, que no eres celosa. Al tiempo, al tiempo...

Pedrusco. Bilbao.—¿Qué es el hombre? Un pedrusco que piensa. Ahora bien, no todo el mundo piensa con tanta imaginación y tanto talento, como el consultante cuyas líneas analizo en el presente momento histórico. Cultura, gustos estéticos. Voluntad resuelta y unas miasmas agresiva; franqueza.

Y bajo apariencia zumbona y escéptica, un poquitín de melancólico romanticismo.

Colombina.—¿Qué el joven a quien tú aprecias, no te habla? Procura no ponerte piedras en el hígado por semejante fruslería (a lo que eres un tantico propensa "por mor" de tu susceptibilidad y de tu temperamento celoso). El desdén con el desdén, como dijo no sé quién; y si ni por esas vuelve a ti ese atontolinado, no te faltará algún pelmazo que te compense: en último caso, ahí tienes—es decir, "ahí" no, en Pekín—a mi amigo Kata Pun Chin Chin, que está harto ya de mandarinas y suspira por las europeas... ¡Señor, que mal repartido está todo en este perro mundo!

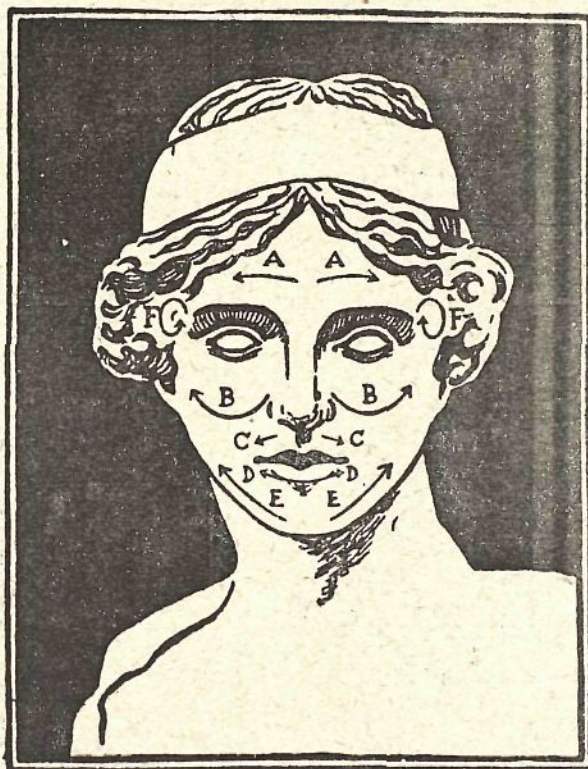
María Oliva Frascuelo. Málaga. — Mis respuestas, amable aceituna, no son a domicilio, sino para ser publicadas en estas esbeltas columnas del Templo del Ingenio. Conviene el uso y hasta el abuso del pseudónimo, para evitar desazones en los caracteres susceptibles. Conque si deseas que te analice la letra, vuelve a la carga, que yo no estoy aquí sino para servirte.

Fernando Palacios. Santander.—Veamos, veamos. Me preguntas, en sustancia, si tienes aptitudes para la carrera que sigues, y no me dices cual es esa carrera. Como me figuro que no es la de San Jerónimo, para lo cual todas las aptitudes son adecuadas, explícate más claro y contestarete con el singular acierto que me caracteriza, aunque me esté mal el decirlo.

KIN-FU-FU

CUPON

valedero por una consulta grafológica.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Los niños.—¡¡Sígale, sígale madre; que le tiene grogün...!!

Dib. CASERO.